

SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE
VICTORIA OCAMPO

OCTUBRE DE 1944

AÑO XIV

BUENOS AIRES

S U M A R I O

G A B R I E L A M I S T R A L
PIENSO EN PÉGUY

V I C T O R I A O C A M P O
23 DE AGOSTO DE 1944

E Z E Q U I E L M A R T Í N E Z E S T R A D A
FRANCIA EN LA SALVACIÓN

J O R G E L U I S B O R G E S
ANOTACIÓN AL 23 DE AGOSTO DE 1944

E D U A R D O G O N Z Á L E Z L A N U Z A
FRANCIA LIBERADA



T. E. L A W R E N C E
CARTAS A BERNARD SHAW

*TRES CAPÍTULOS DE "LOS SIETE
PILARES DE LA SABIDURÍA"*

M I G U E L D E U N A M U N O
CARTAS

N O T A S

LOS LIBROS ☆ Francisco Ayala: "Razón del mundo", por *Luis Emilio Soto* ☆ C. G. Jung: "¿Quién es Ulises?", por *César Fernández Moreno* ☆ Werner Jaeger: "Humanism and Theology", por *Luis Farré* ☆ Juan Cuatrecasas: "Biología y democracia" ☆ Noël-Pierre Le-noir: "Los problemas de la paz", por *Arturo Monfort* ☆ LIBROS RECIBIDOS EN EL MES.

P I E N S O E N P É G U Y

AYER. — A lo largo de los cinco años de guerra, a la hora de la liberación de Francia, y después de ella —sobre todo *después*—, he pensado en ti y en los vivos que llevan tu marca de centella.

Cada vez que palpo los costados sanos del poliedro francés y los núcleos que harán su resurrección, pienso en la familia Péguy, en el clan misterioso que dejaste detrás. Son muchos y la fila doble se abre con Jacques y Raisa Maritain; están desperdigados por las provincias, viven en Argelia, pululan en Canadá, penan en Indochina; de crecida, la prole rebosa el imperio y alcanza hasta la América del Sur, y yo soy tanto de Péguy como Victoria¹ es de Racine, y más aún...

Te he visto el color y la mirada de Rector afligido, llenos de noche, cuando Francia moría “de la mala muerte”, que dice la Iglesia, bajo la ocupación. No hubo nunca muerte en ti, no la tenías en las manos infantiles que remendaron sillas de junco; no la había en las manos tipógrafas y encuadernadoras, de tu mocedad; no estaba la muerte tendida en tu piel por la que vivías en contacto amoroso con tu bien mayor, con la

¹ Victoria Ocampo.

tierra francesa. Pero donde menos muerte tenías, mi unitario, era en aquella zona media donde la criatura ve sobrenaturalmente lo natural y da un trato “a lo divino” a los negocios humanos. No es ese órgano común ni en la gente gala ni en las otras: los terrestres se echan de bruces sobre su costra verde o rojiza, resobando y gozando el terrón de Gea, que dice el griego, y los místicos hacen la misma trampa viviendo de éteres adentro y dejando a Gea sólo la engañifa de su cuerpo.

Tú, mi santo Péguy, eras caso aparte. Por ejercicio o modo maravilloso, te las arreglaste para verles a todas las cosas y problemas, a cuánto caía a tus ojos, la orla y el forro divinos, y para manejarlos con tratos inefables según hace el que *vió*. Por eso ni tu cielo lo has tenido entre palmas y pebeteros musulmanes, sino en un desasosiego de agonías, cuando Francia estaba ciega y sorda y embrutecida de malos alcoholes.

Te pensé, y hasta te oí, tutor y amigo mío, en el interregno del “vichismo”, ojeando hacia la Francia partida en res (“dame ésto; coge el resto”), ojeando y husmeando hacia los veinte puntos de los cuales saltarían el coraje y la rebelión. Te vi colarte en la tertulia de las casas, a fin de oír el comentario de viejos y niños, y te sentí correr los malezales, detrás de los buenos furtivos, y supe que soplabas parte de tu resuello santo sobre los “maquis”: consuetud invisible, fantasma agitado y errante. ¿Y cómo habías de estarte allá arriba, blanco y quieto, igual que el buho, francés que nos contaste una Francia que está en los cielos, con la categoría de los “Tronos” y las “Dominaciones” y que asienta los pies en Europa sólo en cuanto a encomendera divina, para misión expresa, suya y sólo suya?

El aire y las maneras de tu patriotismo no los conocimos en ninguno de allí o de otra parte, porque aunque fueses soldadescamente viril, de pronto se parecía al hijo mimoso “pegado a las sayas de la madre”. Y es que, si tuteabas al Padre Eterno ¿cómo no habías de tener con la madraza de limo tales confianzas, tales querendonerías, y, en la justa cólera, aquellos zamarreos de dueño suyo y heredero de su haber terrestre?

Y te miré sobre la costa de invasión, en la noche *lumbrada* de los muertos, asistiendo a lo que no imaginaste nunca: a la otra cristiandad, la mecanicista, la fría, la protestante, llegar en un aluvión de hierro y de mesianismo —de esto también— y desembarcar cantando —¡ellos!— tu Marsellesa provenzal, revuelta en la humareda con sus himnos puritano-heroicos.

¡Ay, fiesta perdida, Péguy chantre, Péguy soldado en el Marne, Péguy normalista a lo platónico; ay, la ocasión de haberte tenido allí y oírte cantar, rezar y llorar en el desembarco bretón y el normando!

AHORA. — Y te vuelvo a pensar ahora, maestro a lo Arcángel, con tu corporalidad celeste acribillada de ojos y tus potencias batidoras como las de Miguel, sabiendo lo que hay que hacer para redondear la salvación, y no estropearla, y no zurcirla ni parcharla, porque las salvaciones salen enteras o no salvan, salvan íntegras según la Minerva o se rompen al llegar y posarse.

Cuando tu gente cayó, casi no entendiste; cuando Pétain hizo tratos con tal de guardar ciudades y metió la honra en el arca “para después”, y cuando los letrados *petenizaron* en parlería y en plumeos de escribas

antiguos —copistas de Poncio Pilatos—; y cuando las mozas de sangre pronta “taylleranizaron” de otro lado con sus encantos, por ablandar al invasor, en todas esas anécdotas de demencia senil y de falso “enfantillage”, tu cuerpo sin sombra ardía del fuego rojo, no del lácteo que hace tu cielo, y trajinabas las diez atmósferas pidiendo voluntades al Padre Eterno y bajando con ellas hacia los escondederos de los “maquis”.

Pero ahora, santo mío y tutor mío, ahora ya todo maduró de canto a canto en tu país, como un trigo violentado por dos semanas de sol fuerte, o como una viña que pasa de golpe del agraz a la miel. Ahora apenas quedan una que otra pustulilla, aquí y allá, secándose al brillo de la espada.

Y es ahora cuando me punzas las sienes con agujas más apuradas de recuerdo. Porque es ahora cuando viene la operación de vida o muerte, el parto para alumbrar la Francia-niña, parecida a tu Esperanza, y alumbrarla con el rostro de la Fe y las manos de la Caridad-Justicia, y dejarla en pie, sacándola de los vendajes sanguinosos tan limpia como si el parto no hubiese sido cosa de acero y sajaduras sino el desprendimiento enjuto de Casiopea desde la nebulosa placental. Injerto no, homúnculo no, —dirás tú— sino el parto de Isabel Romée, madre de Jeanne.

Tú sigues, paso a paso, este nacimiento que para ti se cumple en un triángulo que tiene de un lado a Chartres —alias la Tradición—, del otro a la Sorbonne rescatada a los viejos de seso mineral que detestaste, y del otro aun al Valle del Loire, verde hasta cuando le llueve encima la sangre.

Sigues y sigues a estas horas la diestra de de Gaulle y la miras con más amor que la de tu Ángel Custodio sobre ti. Vas y vienes con él, haces trucos y destrezas de Ariel cuando lo paran y le cuchichean el sub-jacobino, o el monárquico diz que arrepentido o el loco de atar, que es molinero y querría ahora mismo molerlo todo: piedras de Orange, cimientito armado fronterizo, mujeres y hombres, con tal de hacer su harina y crear el desierto argelino.

Tú, el pequeño Péguy, le mides al hombrón la talla de encina trepada de muérdago; le silabeas su nombre que parece fábula en la coincidencia y te embobas ante su fuerza austera. Tú, el menudillo, vas cosido a tu grandullón, haces el sargento y hasta el médico, vigilas su bocado y no le pierdes pisada en el día. Y cuando lo ves cansado, lo tocas con redoble musical en la frente pina, en el pecho, de donde salta el ímpetu, y en las rótulas que han de resistir sin doblarse. En el día le hablas con las frases cortas que eran las de tu habla, y de noche le conversas con el período demorado de tu escritura. El Generalísimo y el tejedor de mimbre se entienden bien y se miran con ojos que no se sueltan. Y cuando ya es noche, lo pones a dormir, y entonces abajas a él tus sueños cuya hora al fin llegó, y se los pasas y repasas de sien a sien, insistentes según tus vocativos y letanías.

Cuida a tu flamenco, cuando marcha, del castor reaccionario, que cava y mina, y al cruzar los jardines de la "banlieu", libra su cara desnuda del avispero anárquico y guárdalo hasta de las palomas falangistas que pasan el Pirineo con un anillo de santo y seña en las patitas rosas...

Vela tú todavía un poco más, trajina, haz mandados, pero reaparece, celador nocturno de tu Europa hospitalizada. El cielo, ése espera; mas la pobre tierra, en un desliz de ausencia, se enloquece y rompe la vajilla y hace saltar la casa. El Dios Padre te dió segundo cuerpo tal vez para que velases sin bostezo y te arrancó de la imprentilla de los "Cahiers" para que anduvieses huroneando por el taller entero de Francia y por su llanura cereal y frutal.

Harto esperaste, con tu paciencia "paysanne" —veinte años entre dos guerras—; pero ni penaste ni rezaste en vano. Segunda y última vez, irás a decir tu "Acción de Gracias" a pie de París a Chartres con la Francia recién nacida enjalbada en tus hombros; segunda vez escribirás el *Mystère de la Charité de Jeanne d'Arc* y de su llamarada, que esta vez saltó de los matorrales y de los jarales de la Saboya.

GABRIELA MISTRAL

Petrópolis, septiembre de 1944

23 DE AGOSTO DE 1944

“Sainte qui ramenez tous les soirs au bercail
Le troupeau tout entier, diligente bergère,
Quand le monde et Paris viendront à fin de bail

Puissiez vous d'un pas ferme et d'une main légère
Dans la dernière cour par le dernier portail
Ramener par la voûte et le double vantail

Le troupeau tout entier à la droite du Père.”

PÉGUY: *La tapisserie de Sainte Geneviève
et de Jeanne d'Arc.*

Para todos los que queremos a Francia como a una patria espiritual y que estamos unidos a ella no por el azar del nacimiento (por muy feliz y bendito que sea), sino por libre elección, estos días serán inolvidables. Habíamos esperado y deseado la noticia de la liberación de París desde hace tanto tiempo que no estábamos preparados para recibirla. El sufrimiento de esa espera y de ese deseo nos dejaba convalecientes; el peso de la alegría era tan desacostumbrado que temíamos que se nos cayera de las manos y se hiciera añicos. Nos preguntábamos: ¿Siguen todavía peleando? ¿Y dónde? ¿En qué calle?

¿En qué plazas tantas veces atravesadas zigzagueando entre autos y ómnibus? ¿A lo largo de qué muelle recorrido acaso diariamente cuando las barcazas remontaban un Sena tan tranquilo?

De pronto, una precisión, un nombre en las páginas de los diarios, en las radios: la *Cité*. Era, pues, alrededor de Notre-Dame donde luchaban y donde volvían a hacer pie. El Palacio de Justicia, la Prefectura de Policía están a dos pasos. Y también esas viejas calles de la Ile Saint Louis, el corazón mismo de París. Oigo todavía, a pesar de la distancia infranqueable del tiempo, una voz francesa que me dice: “Esa es la rue Chanoinesse. Aquí vive el héroe de mi novela”. Sigo a la voz hasta una gran pieza cuadrada. Sus paredes se construyeron en el Siglo XVII, a la sombra de la Catedral. La proporción de la escalera, de las ventanas, de cada habitación en esa casa es tan perfecta que basta para darnos una sensación de “confort” y de dicha. No es posible trampear con las proporciones. Son lo que deben ser o nos sumergen en un malestar indefinible. Francia es como esa gran pieza cuadrada que no necesita de ningún otro adorno para ser bella —pensé yo la primera vez que entré—. Lo que nos da de irreemplazable es eso: algo que tiene que ver con la proporción. París es eso.

“Yo no soy francés sino por esta gran ciudad”, escribía Montaigne. “Je l’ayme pour elle mesma”. Así es como la queremos nosotros. Pero como ningún francés puede quererla: sólo se quiere a nuestra manera en las grandes amistades que en nada dependen de los lazos involuntarios de sangre y que nacen de las afinidades, la adhesión, la libre elección.

Durante las horas que siguieron a la tan deseada y esperada noticia ¿quién no se ha echado a andar con la imaginación por ciertos barrios de París buscando en ellos algún refugio habitual o algún rincón favorito? No siempre eran los más hermosos monumentos ni las avenidas más famosas quienes recibían estas visitas no oficiales. A menudo ni uno mismo comprendía al principio por qué pasaba con preferencia por tal o cual calle. Estos vagabundeos, compartidos con tantos compatriotas en toda nuestra América, me llevaron hasta la rue Soufflot, que frecuenté mucho en mi juventud; estando en ese barrio era imposible no entrar en Saint Etienne-du-Mont. Allí me encontré con Ricardo Güiraldes. No lo había visto en la Plaza Francia, la mañana del 23 de agosto, porque me esperaba en esa iglesia.

Mucho antes de su muerte, en la época de la salud, de la juventud, de los viajes, cuando nos gustaba reírnos juntos del lado cómico de nuestras propias flaquezas humanas y de las ajenas, cuando nos sabíamos de memoria a Courteline, Ricardo Güiraldes me había escrito, desde París, una carta cuyo tono me impresionó. La conservo, como todas las demás, y la he releído en estos días, después que mi visita a Saint Etienne-du-Mont volvió a traérmela a la memoria:

“He tenido, días pasados, en París, una emoción muy grande. Habíamos estado, con A., en el Panteón mirando los Puvis de Chavannes, de donde pasamos a la iglesia que me empeño en llamar “Sainte Geneviève” [se refiere a Saint Etienne-du-Mont]. Mirando la tumba [de Sainte Geneviève] pensaba yo que un pueblo que se crea una santa, un héroe o un genio es un gran pueblo porque lleva dentro sus santos, sus héroes o sus genios.

"De pronto levanto mi vista y en el pilar que me sirve de apoyo leo, en una plaquette, el (mas o menos) siguiente texto: "Près de ce pilier gisent les restes de Pascal".

"Allí tenía yo, momentos antes, apoyada la cabeza. Inútil que me encabritara contra algo que me subía a la garganta, a la cabeza. Tenía ganas de volver a colocar mi frente contra la piedra, pero esta vez el gesto sería consciente y acarrearía inevitables consecuencias.

"¡Qué bueno debe ser, en un momento así, estar solo; solo de los demás, de uno mismo, para poder con amplitud ser el otro, el otro tan grande, tanto más grande, sobre todo, por estar en la muerte!"

Estos papeles cubiertos de una letra menuda, en que la tinta no ha palidecido aún, es todo lo que he logrado salvar de ese amigo, aparte de mis recuerdos. Lo que un junco puede conservar de un junco, el más débil de la naturaleza. Pero al cabo de veinticinco años me repito, y estas cartas me repiten, que lo que importa no son los ejércitos, ni las imposiciones de la violencia, ni los azares del nacimiento, sino cierta fraternidad, cierta comunión espiritual contra la cual nada pueden el alambre de púa, ni las fronteras, ni la muerte. Con razón o sin ella (el porvenir lo decidirá) eso es lo que la liberación de París significa para nosotros, más todavía que la simple restitución de la más bella de las ciudades a manos francesas, por los aliados.

Eso es lo que hubiera simbolizado para los grandes muertos a quienes honra nuestra patria, y cuya memoria guardamos nosotros; muertos de quienes nos hacemos indignos si nos negamos a encarnar su voluntad y su fe hasta el momento en que otros vengan a relevarnos de la tarea. Esos muertos sólo están muertos en la medida en que cesa nuestra co-

muni6n con ellos; en la medida en que, en vez de alimentarlos con nuestra vida, nos alimentamos con su muerte.

No es 6ste el momento de contentarse con llorar a los desaparecidos y depositar, en desagravio, flores sobre sus tumbas. Es el momento de hacer revivir su esp6ritu en nosotros. Recordemos que un pueblo que tiene h6roes, genios y santos los lleva en potencia, como pensaba Ricardo G6iraldes apoyado en un pilar de Saint Etienne-du-Mont, —y sin saberlo— junto a Pascal. Recordemos que si los pueblos buscaran su inspiraci6n en las m6s generosas lecciones de sus h6roes, sus genios y sus santos se negar6an a seguir a los impostores, los tiranos, los inquisidores y los fantoches. No asistir6amos, entonces, al despliegue de odio, a la destrucci6n y matanzas sistem6ticas cuyos espectadores voluntarios o involuntarios somos hoy.

Si esta creencia es ut6pica y este anhelo un sue6o irrealizable, la vida no vale la pena de ser vivida, ni el hombre respetado bajo cielos vac6os.

VICTORIA OCAMPO

FRANCIA EN LA SALVACIÓN

Muchos hemos sentido la liberación de Francia como un acontecimiento que se relacionara con nuestra suerte personal, con nuestro personal destino. Nos hemos sentido moralmente liberados de una opresión; y esto indica que por cualesquiera relaciones que sería prolijo —e ineficaz— enumerar, estamos ligados espiritualmente a un estado de cultura, de pensamiento, de sensibilidad, a una historia que pertenece al género humano y a un sino del mismo orden. Efectivamente, la libertad es un bien del espíritu y, como un poema bien hecho, pertenece al patrimonio del hombre.

Formamos parte de una familia del espíritu, diseminada y unida. Con tan legítima consanguinidad nuestros rivales forman parte de otro grupo, y así lo declararon en el lenguaje de las cosas y los hechos. De nuestra tribu eran los que aun en Alemania forman lo que Thomas Mann llama la “emigración interna”, y de la adversa los que en cualquier país representan la “ocupación externa”. Los hemos reconocido y nunca olvidaremos sus gestos aunque olvidemos sus rostros.

A ellos pertenecían también, en Francia, los que antes del arribo del invasor ablandaron las resistencias morales y espirituales de esa nación, en una primorosa labor de seductores. No hay error ninguno, ningún malentendido, cuando ellos creen descubrir en nuestras actitudes y palabras el repudio de una manera de ser del hombre ante la cual no

sentimos ni la elemental solidaridad con el hombre. Aquellas fuerzas enemigas de Francia, infundidas en creencias de todo matiz o introducidas subrepticamente en los despreocupados hábitos del pensar cotidiano, constituyen nuestro más peligroso adversario. Sin configurar ejércitos ni cofradías, militan activamente doquier. Los espectros serán más resistentes que los soldados.

La magnitud del desastre fué tal que volver a Europa al estado en que se hallaba en 1939 parece hoy un ideal límite. Hasta ese punto los males que se incubaron durante muchos años habían desquiciado las conciencias. Pero si hubiera de quedar, tras la guerra, una Europa y un mundo como se encontraban en 1939, o en 1936, o en 1922, un mundo anacrónico de cosas en relación con la capacidad actual del hombre para resolver sus problemas sociales y económicos, el sacrificio de cuarenta millones de seres habría sido la más horrenda farsa que conoció la historia. Destrucción de vidas y ciudades, inutilización de bienes y esperanzas, pasarían automáticamente al haber de los enemigos, de los que van a perder la guerra militar, si dejan con su derrota sólidamente estructurada una sociedad inmoral por injusta.

Males anteriores a la guerra, anteriores al hitlerismo, en los que participaron hasta los que ahora tratan de reparar sus yerros, afectaban por igual a los vencedores y a los vencidos, engendrados por una falsa concepción de la vida. Esos males, por supuesto, no los ha generado la guerra anterior y no son auténticamente males sino condición natural del hombre pervertido desde dentro por sus propias pasiones y desde fuera por las tentaciones del poder. Thomas Mann explica así ese mal de todos: "...el fascismo, del cual el nacionalsocialismo es una variante peculiar¹, no es una especialidad alemana sino una enfermedad de nuestro tiempo, que existe en todas partes y de la que no está inmune ningún país; y los gobiernos de violencia de Italia y de Alemania no

¹ Mi opinión es que el fascismo fué un experimento "in anima vili" del pangermanismo, que además hizo otros muchos experimentos y ensayos.

hubieran podido durar ni cuatro semanas, si no hubiesen encontrado una simpatía condescendiente en las capas económicamente dominantes y, por tanto, en los gobiernos de los países democráticos" (*Schicksal und Aufgabe*, en "Deutsche Blätter", N° 7, de Chile).

Para nosotros, la liberación de Francia tiene por lo menos dos significados. Como victoria contra el invasor nazi es el rescate de una zona anexa al mapamundi ario, donde ya en las calles, en los cuarteles, en los diarios, en las cátedras y en los pulpitos se predicaba el indigno catecismo de la fuerza y los deberes de la servidumbre codificada. Pero ese episodio no rebasa las suertes de la guerra que pueden comunicar los partes y las crónicas y que es todo el panorama de ideas del militar vocacional y del periodista. No trasciende a la vida ni al destino del hombre, que la historia tampoco refleja enteros, sino al plano de las cosas como cosas, de las ciudades como ciudades, en que se destruye y construye con idéntica facilidad. Las cosas son obedientes y dúctiles, pero las ideas son más duras que el hueso. Se olvida que en la derrota de Francia intervinieron codo con codo las tropas blindadas del Reich y las falanges incorpóreas de la reacción francesa en masa regimentada, y que en su liberación participaron también los agentes secretos de su miseria. Nadie ignora que el avance de las tropas alemanas estuvo precedido por una vanguardia interna de capitulación al mando de los traidores. Chéradame ha contado esa historia de oprobio en que la prensa y el ejército, la banca y la industria, la política y la burocracia colaboraron sin disfraz. Esos profetas de un nuevo orden que se basaba en estabilizar la infamia para salvar sus personales intereses bajo la máscara del patriotismo y la fe, sacrificaban vidas y bienes. El nuevo orden, cuyos fundamentos éticos y jurídicos consistían en una paráfrasis del *Código de Manú* y de *El Príncipe* de Maquiavelo, era una mayor-domía de burdel.

El otro significado, pues, se relaciona con las fuerzas morales y espirituales de Francia y del mundo, minadas y pervertidas por el nacionalsocialismo como doctrina universal de la violencia, desde mucho

antes de la ascensión de Hitler al poder en el Reich. “Sin la corrupción monstruosa de la época precedente —dijo Keyserling—, corrupción la más opuesta al fondo del carácter alemán, nunca hubiera podido Adolfo Hitler, en plazo tan reducido, agrupar en torno suyo la abrumadora mayoría del pueblo” (*La Revolución Mundial*). Sí; pero “la época precedente” no comienza con Ebert sino con Bismarck.

Por cuantiosas razones la reocupación del territorio de Francia por los franceses bajo la protección de los ejércitos aliados, la restauración de su gobierno e instituciones democráticos, el libre ejercicio de los Poderes por el Estado legítimo, la reconstitución de la nación bajo el imperio de sus leyes es un acontecimiento lleno de promesas. Mas en otro sentido apenas tiene relaciones con el problema fundamental, el único problema verdadero. Problema que es uno solo en las formas del nacionalsocialismo y en las formas atemperadas de los regímenes dictatoriales, que aun cuenta con el auspicio de los mismos gobiernos redentores. No me refiero, por lo tanto, a la oligarquía militar de la nobleza prusiana, ni a la confederación política de industriales y financieros renanos que, a decir verdad, son los gerentes de un trust internacional, ni a la policía inquisitorial de la Gestapo con sus falangistas de la delación y la perfidia, sino a los reclutas de las fuerzas retrógradas, conscriptos en todas las latitudes y disciplinados científicamente en los cuarteles de Goebbels.

Con la reconquista de Francia se retorna a la situación de 1939, con la experiencia bien dura —no sé hasta dónde aleccionadora— de la derrota. Lo que se ha celebrado en todo el orbe civilizado es la reconquista de Francia de 1939, sin hacer cuestión de la Francia traicionada desde antes. Si además del convencimiento de que la injusticia no puede cohonestarse con la fuerza, esa experiencia ha despertado en el pueblo francés la conciencia tan suya de los derechos del hombre diferenciados de los deberes del ciudadano, entonces Francia habría sido liberada de verdad. Pero es muy difícil que la corrupción moral y espiritual que ha difundido el pangermanismo en su ensayo (Italia) y en

su aplicación a fondo (el Tercer Reich) traiga el inmediato disfrute de la salud tras una breve convalecencia domiciliaria. Los males de Francia tienen que ser curados en nosotros mismos.

Tampoco era una crisis restricta de la reacción francesa, sino del mundo que estaba enfermo de nacionalsocialismo desde los albores de la Era Industrial, y que tardíamente encontró un credo y una retórica en los genízaros de los magnates del Ruhr. Fué la aleación del metal y la inteligencia; fué la primera arma secreta de eficacia inconcebible, de la milicia prusiana que quiso hacer creer que el arte de la guerra es un arte, la ciencia de la guerra una ciencia, la filosofía de la guerra una filosofía. La alegación de derechos geopolíticos y de sangre, el recurso a la vindicta y la voluntad de exterminio expuestos rudamente por Caliban antes que por el nacionalsocialismo, encontraron un sistema y una técnica en la cabeza de Rosenberg, una consigna y una táctica en la cabeza de Hitler. Mas es preciso ver a Rosenberg y a Hitler como albaceas y mariscales de aquellas inferioridades del despojado Caliban sublimadas a credo, y comprender hasta dónde el óleo con que sus fanáticos los ungieron proviene de los olivares del Señor, los mismos de donde se alimentan las lámparas.

Lo que hay en el fondo de todo este infernal paralogismo de cosas es que el pangermanismo está en las hilanderías y la guerra en los tejidos; los tejidos en el comercio y las hilanderías en los dedos. No tenemos que creer que con la derrota de la reacción en Francia, ni siquiera con la derrota del Hitlerismo en Alemania se hayan vencido esas fuerzas del hombre del hacha contra el hombre de Prometeo. Los pueblos y particularmente sus gobernantes, sin resistencia orgánica para repeler el contagio, han caído en una recidiva de barbarie, deliraron en una orgía en que la sangre de los mártires se escanció otra vez, soñaron de nuevo los sueños informes de Calígula.

El trabajo de restituir las cosas a su quicio y de purificar los espíritus de sus manchas será tarea inmensamente más difícil que la de vencer en las batallas. Si la recuperación de Francia es un episodio de la

última etapa de la guerra, Hitler habrá participado en la victoria; si es el preámbulo de una nueva Era de reconstrucción moral y política del mundo, las fuentes de los males se habrán cegado. Lo primero está en las manos del hombre; lo segundo en su conciencia.

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA.

ANOTACIÓN AL 23 DE AGOSTO DE 1944

Esa jornada populosa me deparó tres heterogéneos asombros: el grado *físico* de mi felicidad cuando me dijeron la liberación de París; el descubrimiento de que una emoción colectiva puede no ser innoble; el enigmático y notorio entusiasmo de muchos partidarios de Hitler. Sé que indagar ese entusiasmo es correr el albur de parecerme a los vanos hidrógrafos que indagaban por qué basta un solo rubí para detener el curso de un río; muchos me acusarán de investigar un hecho quimérico. Este, sin embargo, ocurrió y miles de personas en Buenos Aires pueden atestiguarlo.

Desde el principio, comprendí que era inútil interrogar a los mismos protagonistas. Esos versátiles, a fuerza de ejercer la incoherencia, han perdido toda noción de que ésta debe justificarse: veneran la raza germánica, pero abominan de la América "sajona"; condenan los artículos de Versalles, pero aplaudieron los prodigios del *Blitzkrieg*; son anti-semitas, pero profesan una religión de origen hebreo; bendicen la guerra submarina, pero reprueban con vigor las piraterías británicas; denuncian el imperialismo, pero vindican y promulgan la tesis del espacio vital; idolatran a San Martín, pero opinan que la independencia de América fué un error; aplican a los actos de Inglaterra el canon de Jesús, pero a los de Alemania el de Zarathustra.

Reflexioné, también, que toda incertidumbre era preferible a la de un diálogo con esos consanguíneos del caos, a quienes la infinita repetición de la interesante fórmula *soy argentino* exime del honor y de la piedad. Además ¿no ha razonado Freud y no ha presentido Walt Whitman que los hombres gozan de poca información acerca de los móviles profundos de su conducta? Quizá, me dije, la magia de los símbolos *París y liberación* es tan poderosa que los partidarios de Hitler han olvidado que significan una derrota de sus armas. Cansado, opté por suponer que la novelería y el temor y la simple adhesión a la realidad eran explicaciones verosímiles del problema.

Noches después, un libro y un recuerdo me iluminaron. El libro fué el *Man and Superman* de Shaw; el pasaje a que me refiero es aquel del sueño metafísico de John Tanner, donde se afirma que el horror del Infierno es su irrealdad; esa doctrina puede parangonarse con la de otro irlandés, Juan Escoto Erígena, que negó la existencia sustantiva del pecado y del mal y declaró que todas las criaturas, incluso el Diablo, regresarán a Dios. El recuerdo fué de aquel día que es el perfecto y detestado reverso del 23 de agosto: el 14 de junio de 1940. Un germanófilo, de cuyo nombre no quiero acordarme, entró ese día en mi casa; de pie, desde la puerta, anunció la vasta noticia: los ejércitos nazis habían ocupado a París. Sentí una mezcla de tristeza, de asco, de malestar. Algo que no entendí me detuvo: la insolencia del júbilo no explicaba ni la estentórea voz ni la brusca proclamación. Agregó que muy pronto esos ejércitos entrarían en Londres. Toda oposición era inútil, nada podría detener su victoria. Entonces comprendí que él también estaba aterrado.

Ignoro si los hechos que he referido requieren elucidación. Creo poder interpretarlos así: Para los europeos y americanos, hay un orden —un solo orden— posible: el que antes llevó el nombre de Roma y que ahora es la cultura del Occidente. Ser nazi (jugar a la barbarie enérgica,

jugar a ser un viking, un tártaro, un conquistador del siglo XVI, un gaucho, un piel roja) es, a la larga, una imposibilidad mental y moral. El nazismo adolece de irrealidad, como los infiernos de Erígena. Es inhabitable; los hombres sólo pueden morir por él, mentir por él, matar y ensangrentar por él. Nadie, en la soledad central de su yo, puede anhelar que triunfe. Arriesgo esta conjetura: *Hitler quiere ser derrotado*. Hitler, de un modo ciego, colabora con los inevitables ejércitos que lo aniquilarán, como los buitres de metal y el dragón (que no debieron de ignorar que eran monstruos) colaboraban, misteriosamente, con Hércules.

JORGE LUIS BORGES

FRANCIA LIBERADA

Aún perduran en nuestros labios los cánticos de júbilo; aún nuestros pechos se expanden con el suspiro de la liberación, y ya sentimos, impostergable, la necesidad de darle a Francia lo mejor que para ella tenemos: nuestra amarga verdad; nuestra esperanza dulcísima.

Esperanza de su resurrección, porque la Francia inmortal estaba muerta.

No cuando la violó el invasor, ni cuando sus legiones desfilaron bajo el Arco de Triunfo, sino desde mucho antes, desde que desconociéndose a sí misma como sede del espíritu hizo posible la insolencia de quien debía humillarla.

Francia estaba muerta, terriblemente muerta cuando negó su ayuda a las sanciones contra el fascismo agresor de Etiopía, cuando desoyó las súplicas de China, la paciente, apuñalada por el imperialismo nipón, cuando su Frente Popular emasculado inventó la infamia de la "no intervención" para permitir el asesinato del pueblo español en sus propios umbrales.

Antes que el agresor transpusiera sus fronteras, ya Francia estaba invadida por la camandulería de sus Laval y de sus Blum y de sus Deladier, por el derrotismo de sus militares, por la indiferencia suicida de sus masas que proferían el sacrilegio de que "más vale ser alemán vivo que francés muerto", como si para un auténtico francés, ser un alemán "vivo", no equivaliera a ser un francés —un hombre— muerto.

La Francia de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, la de Pascal, la de Pasteur estaba muerta e insepulta, y por una tremenda ironía del destino tuvo que ser Hitler, su antípoda, quien insuflara nueva vida a ese cadáver para resucitar su gloria a la inmortalidad.

Ya la Marsellesa ha vuelto a perder su engolada solemnidad de himno oficial y otra vez resuena heroica y auténtica por las calles y las praderas de Francia, y como un eco se multiplica por las calles y las praderas del mundo.

Ya sus viejos políticos, arrumbados con sus errores y sus cobardías, dejan paso libre a la decencia y a las insospechadas posibilidades de las grandes crisis. Ya su ejército de burócratas, derrotado la víspera de la invasión, cede su puesto a los "maquis" dispuestos a jugarse la vida por la patria y a ganarla para ella. Francia, puede agradecérselo a su mortal enemigo, vuelve a ser Francia, y su nombre redimido el santo y seña de los libres del mundo.

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

CARTAS DE T. E. LAWRENCE A BERNARD SHAW¹

17 de agosto de 1922

Londres

Estimado Mr. Shaw:

Le sorprenderá a usted que le escriba, pero hace unos meses que Cockerell me llevó a su casa, me presentó, y usted no me asustó demasiado en esa ocasión.

Querría hacerle dos preguntas. La primera: ¿Lee usted todavía libros? No exige respuesta. Si sigue usted leyendo, le haré la segunda; de lo contrario, hágame usted el favor de tomar las dos páginas que quedan de esta carta y quemarla, sin contestar. Escribir cartas me es tan odioso como probablemente le sea a usted.

Lo que realmente quiero es pedirle que lea, o trate de leer, un libro que he escrito. Es sobre la guerra, lo cual le decepcionará para empezar, y hay en él tecnicismos desagradables. Es muy largo: sospecho

¹ Escogidas del libro *Cartas de T. E. Lawrence*, compiladas por David Garnett, que SUR publicará en el corriente mes. Todas las notas numeradas, con esta sola excepción, son de David Garnett. Las que llevan asteriscos, y han sido impresas en letra más grande, son del propio Lawrence. — N. de la R.

que tiene unas trescientas mil palabras, aunque no las he contado. Tengo poco dinero y no deseo publicarlo, pero quiero que se imprima, así que me lo hice pasar en monotipo en los talleres de un periódico. Esto quiere decir que tiene un aspecto horrible: dos columnas en una página en cuarto, letra pequeña de periódico que daña la vista y docenas de errores corregidos toscamente con tinta, porque no hay más de cinco copias, y no podía permitirme una prueba. La puntuación es invención mía propia, y mis invenciones son muy caprichosas, sobre todo los lunes.

Esto es lo peor que puede decirse desde el punto de vista material. En lo que a mí se refiere, debo decirle a usted, antes de que se comprometa a aceptar, que yo no soy un escritor, y que pasé felizmente los treinta años sin haber querido nunca escribir nada. He estudiado para ser historiador profesional, lo cual implica la veneración de los documentos originales. Para mi sorpresa, me encontré con que, después de la paz, yo era la única persona que sabía lo que había pasado en Arabia durante la guerra, y la única persona alfabetizada del ejército árabe. De tal modo que se me convirtió en un deber profesional el consignar lo que allí pasó. Empecé a escribir simplemente, del mismo modo que un niño cree fácil hablar, y en seguida me encontré envuelto en una multitud de maneras de decir las cosas más simples e incapaz de describir los lugares más sencillos; luego se presentaron los problemas de conducta, y la gente que estaba a mi alrededor tuvo que ser caracterizada: en una palabra, me metí de lleno en el libro, y la tarea resultó superior a mis fuerzas. Su primer libro tampoco fué perfecto, aunque era sobre un tema elegido conscientemente, y usted sentía la necesidad de escribir.

En mi caso, me he amparado en palabras de segunda mano: es decir, he tomado expresiones, adjetivos e ideas de todos los autores que he leído. Las he recortado a mi propio tamaño, y las he unido de nuevo. Mis gustos son periodísticos, de tal modo que hay en el libro bastante romance y oropel y falsedad como para enfurecer a un

realista. Hay además una buena cantidad de pensamientos a medio desarrollar, una repugnancia barata, y quejas (los soldados suelen ser histéricos cuando no son profesionales, y yo estoy muy lejos de ser un militar como se debe); en una palabra: el libro está lleno de las falsedades que usted se ha pasado la vida desenmascarando. Si lee usted mi libro, se dará cuenta que sus prefacios han sido escritos en vano, si es que yo soy un buen representante de mi generación. Si la obra estuviese escrita en forma amena, podría usted reírse, pero es una obra inflada, pretenciosa y aburrida al punto de que yo mismo no me resigno a leerla. Este es el momento que elegí para hacerla imprimir.

Se preguntará usted por qué, si todo esto es verdad, quiero yo condenar a una persona decente, sobre todo a una persona como usted *, a leer mi engendro. Le diré que se trata de historia, y que nunca me perdonaría el haber sido el único hombre en haber presenciado un hecho, y no poder narrarlo. Pero si no puedo mejorar lo que escribo, lo quemaré. El libro me desagrade tanto que ya no creo en la posibilidad de mejorarlo, ni que ello valga la pena. Si lo lee usted en su totalidad o en partes y llega a la misma conclusión, me dará usted valor para prender el fósforo, mientras que ahora dudo de mi propio juicio, y me parece cruel destruir algo en lo cual he estado trabajando duramente durante tres años. Pero si me dijera usted que algunas partes son execrables, otras no tan malas, y otras posibles, (y distinguiera todas esas partes), su juicio me permitiría aclarar el mío propio, y me infundiría energía para emprender de nuevo la tarea. (Si me dice usted que todo es bueno me tendré que librar de mala gana de todos los libros suyos que tengo en mi biblioteca.)

Esto es muy injusto; mejor dicho, lo sería si usted me conociera. Pero considerando que, aparte los veinte minutos que pasamos con Cockerell, somos dos extraños y tenemos posibilidades de seguirlo siendo,

* La expresión es ambigua, pero no quiero decir que admiro su obra.

no debe haber de su parte ningún apremio para contestar esta carta. No me sorprendería en lo más mínimo —voy a escribir otra carta del mismo tipo a un hombre llamado Orage¹, a quien no conozco, pero cuyas críticas me gustan— y la opinión que tengo de usted mejorará. Suyo, con mil perdones

T. E. LAWRENCE.

A propósito: no quiero que la gente sepa que el libro existe. De tal modo que, haya contestación o no, espero que no hable usted de él.

27 de agosto de 1922

Londres

*Estimado Mr. Shaw: **

Primero. Muchas gracias por su bondad, de la cual pienso aprovecharme, aunque estoy seguro de que usted preferiría lo contrario. El libro le llegará a usted a Welwyn a mediados de septiembre. Ya le he dicho a usted cuán incómodo es para leer, de tal modo que no podrá

¹ Director de *The New Age*.

* *Ceremonia. También A. D. [Anno Domini] y ¡usted es un gran hombre!*

usted decir que ha habido dolo. Me dice usted que soy un privilegiado: pienso hacer uso de mi privilegio, aunque tal estado es malsano para vivir en él, y no creo haber ganado la partida con mis propios medios.

Segundo. La publicación. Lo siento, pero no pienso publicarlo. Muy amable de su parte es pensar en Constable. Consentirían en publicar una parte, pero no me parece que tal cosa valga la pena, y publicarlo todo sería imposible. Como usted va a intentar leerlo, le dejaré que decida más tarde, pues sé que pensará como yo. Si no es así, no estaremos de acuerdo.

Querría que usted leyese mi libro (hasta ahora, sólo una persona lo ha visto además de mí,¹ pero tengo intenciones de mostrárselo a seis) † en parte porque usted es usted, en parte porque puedo sacar un provecho de ello, si puedo hablar con usted no bien lo haya terminado. Para los que estuvimos en la guerra, se trata de una época desorbitada en que perdimos nuestro sentido de la realidad. Escribí este libro en la atmósfera de guerra, y temo que esté saturado de ella. También hay numerosas crueldades y mucha agitación. Estos elementos, en manos de un principiante, tienden a hacerlo salir del límite, y temo que haya mucho énfasis. Usted tiene el mejor remedio contra el flato, y albergo esperanzas de que se ría de muchas partes en que traté de ser solemne. Si puedo verlo a usted antes de que haya olvidado cuáles son esas partes, tendré oportunidad de mejorarlas.

Sin duda le causará a usted gracia el método de aficionado que empleo para hacerme ayudar, y el hecho de que tenga standard de trabajo, pero como es el único libro que he de escribir, quiero que sea tolerable. ¡Usted escribe uno nuevo no bien recuerda algo que no ha sido completamente agotado en un libro anterior!

De modo que, como no va a publicarse, como usted me dice que

¹ Kennington y Edward Garnett ya habían dado su opinión y una tercera persona lo estaba leyendo.

† Esto me hace acordar a lo que Abraham no encontró en Sodoma.

no le hará perder su tiempo en el mes de septiembre, y puede ser muy provechoso para mí, ¡Yallah! ¹ como dicen los árabes. Y muchas gracias por ofrecerse con tanta bondad. Suyo

T. E. LAWRENCE.

Mi ilustre nombre no lleva letras agregadas. Me ofrecieron algunas, pero como yo sabía que me iba a portar mal de acuerdo al punto de vista de ellos, dije "no". El Quién es Quién del año próximo no me va a incluir, de tal modo que le sugiero que postergue usted la compra por seis meses. No ponga usted "Coronel" en el sobre, pues ésa es la señal de que me conoce. Es el título que usa la prensa.

E. L.

(Traducción de Patricio Canto).

¹ ¡Adelante!

TRES CAPÍTULOS DE “LOS SIETE PILARES DE LA SABIDURÍA”

CAPÍTULO I

MORALIDAD DE BATALLA. — RAREZA Y DOLOR. — DESPEGO

Parte del mal descrito en mi relato era tal vez inherente a nuestras circunstancias. Durante años vivimos juntos de cualquier modo, en el desnudo desierto, bajo el cielo indiferente. De día, el sol ardiente nos torturaba y nos aturdí el embate del viento. Por la noche, nos manchaba el rocío, y los silencios innumerables de las estrellas nos avergonzaban de nuestra pequeñez. Éramos un ejército concentrado en sí mismo, sin desfiles ni ademanes, consagrado a la libertad, el segundo de los credos humanos, propósito tan absorbente que devoraba todas nuestras fuerzas, esperanza tan trascendente que nuestras antiguas ambiciones palidecían ante su resplandor.

A medida que pasaba el tiempo nuestra necesidad de luchar por el ideal aumentaba hasta convertirse en posesión indiscutida, cabalgando con espuelas y riendas sobre nuestras propias dudas. Lo quisiéramos o no, se convirtió en una fe. Nos hicimos esclavos de ella, nos dejamos maniatar juntos a sus cadenas, nos postramos ante su santa imagen con todo lo que poseíamos. La mentalidad de los esclavos

vos humanos ordinarios es terrible —han perdido el mundo—; y nosotros habíamos entregado no sólo nuestros cuerpos, sino también nuestras almas a la voracidad imperiosa de la victoria. Por nuestra propia decisión nos habíamos quedado sin moral, sin voluntad, sin responsabilidad, como hojas secas en el viento.

El sempiterno batallar nos desnudó de toda preocupación de nuestras propias vidas o de las ajenas. Estábamos con la cuerda al cuello, y el precio que se había puesto a nuestras cabezas mostraba que el enemigo se proponía torturarnos horriblemente en el caso de ser apresados. Cada día morían algunos de los nuestros y los sobrevivientes se sentían como títeres sensibles en el escenario de Dios. Nuestro capataz era implacable, implacable mientras nuestros pies magullados podían, aunque tropezando, seguir adelante. Los débiles envidiaban a los bastante cansados para morir, pues el éxito parecía muy remoto, y el fracaso una próxima y segura, aunque dolorosa, liberación de la fatiga. Vivíamos constantemente con los nervios vibrantes y tensos, en la cresta o en el seno de nuestras olas de emociones. Tal impotencia era para nosotros penosa y nos hacía vivir solamente para el horizonte visible, despreocupados del dolor que infligíamos o soportábamos, pues las mismas sensaciones físicas aparecían mezquinamente transitorias. Ráfagas de crueldad, perversiones, lujurias, se deslizaban con agilidad sobre la superficie, sin perturbarnos, pues las leyes morales que habían parecido cercar estos accidentes estúpidos eran palabras aún más endebles. Aprendimos que había angustias demasiado penetrantes, aflicciones demasiado profundas, éxtasis demasiado elevados para que pudiera registrarlos nuestro ser finito. Cuando la emoción llegaba a este extremo, el espíritu se ahogaba, y la memoria quedaba en blanco hasta que las circunstancias volvían a la monotonía cotidiana.

Al tiempo que dejaba el espíritu a la deriva y lo llevaba a través de climas extraños, tal exaltación del pensamiento le hacía perder su antiguo dominio sobre el cuerpo. Éste era demasiado basto para sentir lo más agudo de nuestras penas y de nuestras alegrías. Lo abandoná-

bamos, pues, como un desperdicio; le dejábamos, debajo de nosotros, marchar adelante, simulacro viviente, abandonado a su propio nivel, sometido a influencias de las cuales nuestros instintos se habrían apartado en tiempos normales. Los hombres eran jóvenes y robustos; la carne y la sangre ardientes reclamaban inconscientemente sus derechos y atormentaban sus entrañas con singulares ansias. Nuestras privaciones y peligros avivaban esta hoguera viril en el clima más exasperante que pueda concebirse. No disponíamos de lugares cerrados donde estar solos, ni de ropas gruesas que ocultaran nuestra naturaleza. En todas las cosas el hombre vivía cándidamente con el hombre.

El árabe era continente por naturaleza, y la costumbre generalizada del matrimonio había casi abolido en sus tribus las relaciones irregulares. Las mujeres públicas de los escasos poblados que encontramos en nuestros meses de correrías no habrían dado abasto a nuestros hombres, aun en el caso de que tal manjar pintarrajeado hubiese resultado apetecible para un hombre sano. Repugnando a tan sórdido comercio nuestros jóvenes comenzaron con indiferencia a calmar mutuamente sus pocas necesidades en sus propios cuerpos limpios —recurso que, por comparación, parecía asexual y hasta puro. Más adelante, algunos empezaron a justificar este acto estéril, y juraban que el estremecimiento de dos amigos sobre la arena suave, con los cálidos miembros fundidos en un abrazo supremo, encontraba, oculto en la sombra, un coeficiente sensual de la pasión mental que soldaba nuestras almas y nuestros espíritus en la llama de un esfuerzo común. Algunos, en fin, ansiando castigar apetitos que no podían domar del todo, hallaban un orgullo salvaje en degradar el cuerpo y se abandonaban hoscamente a cualquier hábito que prometiera dolor físico o inmundicia.

Fuí enviado a estos árabes como un extranjero incapaz de pensar sus pensamientos o compartir sus creencias, pero encargado de conducirlos adelante y de desarrollar hasta el máximo cualquier acción que pudiera resultar provechosa para la guerra que Inglaterra sostenía. Si no pude apropiarme su espíritu, pude cuando menos encubrir el mío

y andar entre ellos sin roces evidentes, sin discordias ni críticas, pero ejerciendo una inadvertida influencia. Como fuí su compañero, no seré su apologista o su defensor. Hoy, en mis antiguas vestiduras, podría hacer de espectador, obediente a los convencionalismos de nuestro teatro... pero es más honrado señalar que estas ideas y acciones ocurrieron entonces de un modo natural. Lo que ahora tiene el aspecto de sadismo o de desenfreno parecía allí una rutina inevitable o sin importancia.

Teníamos siempre sangre en nuestras manos; nos habían autorizado para ello. Herir y matar parecían dolores efímeros, tan breve y tan enconada era con nosotros la vida. Con tan grande dolor de vivir, el dolor del castigo tenía que ser despiadado. Vivíamos y moríamos al día. Cuando había razón y deseo de castigar, lo hacíamos inmediatamente con el fusil o el látigo sobre la carne adusta del paciente y el caso no tenía apelación. El desierto no proporcionaba las refinadas penas lentas de los tribunales y las cárceles.

Nuestras recompensas y nuestros placeres eran, desde luego, tan súbitos y devastadores como nuestras congojas, mas, para mí en particular, su volumen era mucho más reducido. Las costumbres beduínas eran duras aun para los que estaban habituados a ellas y terribles para los extranjeros: una muerte en vida. Cuando la marcha o la labor terminaban, no tenían energías para registrar las sensaciones, ni ocio suficiente para advertir, mientras duraban, la hermosura espiritual que a veces se nos ofrecía de paso. En mis notas ocupó más espacio lo cruel que lo bello. Sin duda gozábamos más de los escasos momentos de paz y de olvido, pero yo recuerdo mejor la agonía, los terrores y las torpezas. Nuestra vida no queda resumida en lo que he escrito (hay cosas que no pueden repetirse a sangre fría sin vergüenza), pero lo que he escrito estaba en y pertenecía a nuestra vida. Quiera Dios que los hombres que lean este relato no vayan, atraídos por el resplandor de lo extraño, a prostituirse a sí mismos y sus talentos cuando sirvan a otra raza.

Un hombre que se entrega a sí mismo a extraños lleva una vida de

bruto en forma humana, pues ha vendido su alma a un amo brutal. No es uno de ellos. Puede hacerles frente, persuadirse de que tiene una misión, sacudirlos y obligarlos a ser algo que ellos no habrían sido por sí mismos. Lo que hace entonces es explotar su antiguo ambiente con el fin de sacarlos a ellos del suyo. O bien, según mi ejemplo, puede imitarles tan bien que luego ellos a su vez le imiten espuriamente. Entonces renuncia a su propio ambiente y simula acomodarse al de ellos. Pero las simulaciones son cosa vacua y sin valor. Ni en un caso ni en otro hace algo de sí mismo ni realiza algo tan puro que pueda considerarse como suyo (sin la idea de una conversión) dejándoles adoptar las acciones o reacciones que les inspire el mudo ejemplo.

En el caso mío, el esfuerzo que realicé durante esos años para vivir vestido como los árabes y para imitar su estructura mental me despojó de mi personalidad inglesa y me hizo contemplar el Occidente y sus convenciones con nuevos ojos destruyéndolo todo para mí. Pero al mismo tiempo no podía sinceramente endosar una piel árabe; era sólo una afectación. Un hombre se transforma fácilmente en un infiel, pero difícilmente se convierte a otra fe. Me desprendí de una forma sin asumir la otra y llegué a ser como el ataúd de Mahoma en nuestra leyenda, resultando de ello un sentimiento de intensa soledad en la vida y un desprecio, no por los demás hombres, pero sí por todo lo que hacen. Tal despego invadió a veces a un hombre agotado por el aislamiento y el prolongado esfuerzo físico. Su cuerpo se afanaba mecánicamente, mientras su espíritu razonable le abandonaba y desde fuera le contemplaba con ojos críticos, admirado de lo que hacía ese vano armatoste y de los motivos que lo guiaban. A veces esas múltiples personalidades platicaban en el vacío, y entonces la locura estaba muy cercana, como creo que lo estaría para el hombre que pudiera simultáneamente ver las cosas a través de los velos de dos costumbres, de dos educaciones, de dos ambientes.

CAPÍTULO III

RELIGIOSIDAD SEMITA. — VIRTUD EN LA SIMPLICIDAD. — UN DIOS DE NEGACIONES. — GROSERÍA DE LAS CIUDADES. — ABSTRACCIÓN.

Si el miembro de la tribu y el habitante de la ciudad en el Asia de lengua árabe no fueran razas diferentes, sino tan sólo hombres en diferentes estadios sociales y económicos, podría esperarse una semejanza familiar en el funcionamiento de sus espíritus, de tal modo que sería razonable que elementos comunes aparecieran en las obras de todos estos pueblos. Al principio, en el primer encuentro con ellos, se descubrió una general claridad o dureza de convicciones, casi matemática en su limitación y repelente en su falta de simpatía. Los semitas no tenían medias tintas en su visión. Eran un pueblo de colores primarios, o mejor dicho, de blanco y negro, que veían el mundo siempre en contorno. Eran un pueblo dogmático, que despreciaba la duda, nuestra moderna corona de espinas. No comprendían nuestras dificultades metafísicas, nuestras interrogaciones introspectivas. Conocían solamente la verdad y la falsedad, la creencia y la incredulidad, sin nuestra vacilante comitiva de matices más finos.

Para este pueblo todo era blanco y negro, no solamente en lo externo, sino también en lo íntimo; blanco y negro no sólo en la claridad sino también en el contraste. Sus ideas sólo se encontraban a sus anchas en los extremos. Vivían voluntariamente en los superlativos. A veces extremos contradictorios parecían poseerlos simultáneamente pero jamás transigían, y seguían la lógica de varias opiniones incompatibles hasta extremos absurdos, sin advertir la incongruencia. Con fría cabeza y jui-

cio sereno, imperturbablemente inconscientes de la oscilación, iban de una a otra asíntota ¹.

Era un pueblo limitado, de mentes estrechas, cuyos inertes entendimientos yacían en una resignación indiferente. Sus imaginaciones eran brillantes, pero no creadoras. Había tan poco arte árabe en Asia, que puede decirse que no poseían ningún arte, aun cuando en sus clases elevadas figuraran protectores liberales que habían estimulado toda suerte de talentos en arquitectura, cerámica o cualquier otra de las artes cultivadas por sus vecinos e ilotas. Tampoco manejaban grandes industrias; no poseían organizaciones intelectuales o corporales. No inventaron sistemas de filosofía ni mitologías complicadas. Seguían su curso entre los ídolos de la tribu y de las cavernas. Perteneciendo al menos morboso de los pueblos, aceptaron el don de la vida sin preguntar nada, como algo axiomático. Para ellos era algo inevitable, impuesto al hombre, un usufructo fuera de toda posible regulación. El suicidio era imposible y la muerte no era lamentable.

Era un pueblo de espasmos, de cataclismos, de ideas, la raza del genio individual. Sus movimientos resultaban más sorprendentes por contraste con la tranquilidad de su vida cotidiana; sus grandes hombres más grandes por contraste con su plebe. Sus convicciones eran instintivas; sus actividades, intuitivas. Su principal producto eran los credos; poseían casi el monopolio de las religiones reveladas. Tres de estos esfuerzos han perdurado entre ellos, dos de los cuales se han extendido también (en forma modificada) entre los pueblos no semíticos. El cristianismo, traducido a los diversos espíritus de los idiomas griego, latín y teutónico, ha conquistado Europa y América. El Islam, en diversas transformaciones, ha subyugado el África y parte del Asia. Han sido éxitos semíticos. Los fracasos los guardaron para sí. Las franjas de sus desiertos están salpicadas de fees en ruinas.

¹ La metáfora de una oscilación entre asíntotas tuvo origen en una conversación con un amigo, quien me ha contado que el autor aplicó equivocadamente el término "asíntota" a las secciones de la hipérbola. — A. W. Lawrence.

Es significativo que estos residuos de religiones fracasadas se encuentren en el límite entre las tierras cultivadas y el desierto¹. Ello indica el común origen de todos estos credos. Han sido aserciones y no argumentos; por esto su divulgación ha exigido un profeta. Los árabes dicen que ha habido cuarenta mil profetas; poseemos testimonio de por lo menos algunos centenares. Ninguno de ellos procedía del desierto; pero las vidas de todos ellos seguían la misma pauta. Nacían en lugares muy poblados. Un incomprensible anhelo apasionado los empujaba al desierto. Allí permanecían más o menos tiempo en meditación y abandono físico, y de allí regresaban, con su imaginado mensaje ya articulado, a predicarlo a sus antiguos y ahora ya titubeantes asociados. Los fundadores de los tres grandes credos cumplieron este ciclo. Su aparente coincidencia es una ley demostrada por las vidas paralelas de miríadas de otros fundadores, los infortunados que fracasaron, cuya profesión de fe podríamos juzgar no menos verdadera, pero a quienes el tiempo y la desilusión no ofrecieron haces de almas sedientas y secas, listas para la hoguera. Para los pensadores de la ciudad, el impulso hacia Nitria había sido siempre irresistible, no probablemente por encontrar que Dios moraba allí, sino porque en su soledad podían escuchar más distintamente la palabra viva que llevaban en sí.

La base común de todos los credos semíticos, vencedores o no, ha sido la idea omnipresente de la indignidad del mundo. Su profundo desapego de la materia les ha inducido a predicar la desnudez, la renunciación, la pobreza; y la atmósfera así producida ha sofocado despiadadamente a los espíritus del desierto. Una primera noción de la pureza que atribuían a tal rarefacción me fué dada en años ya lejanos, cuando, después de haber cabalgado durante mucho tiempo por las ondulantes llanuras del Norte de Siria, llegamos a unas ruinas procedentes de la época romana que los árabes creían edificadas por un príncipe de aquellos confines para palacio de su reina. Se decía que el

¹ Alusión al *Rubayat*, de Omar Khayam, cuarteta 10. (N. del T.).

barro empleado en su construcción había sido amasado, no con agua, sino con las preciosas esencias de las flores. Husmeando el aire como perros, mis guías me condujeron de un aposento desmoronado a otro, diciendo: “Esto es jazmín, esto violeta, esto rosa”.

Pero, al final, Dahoum me llevó consigo: “Venga y huela el más dulce de todos estos perfumes”. Entramos en el aposento principal, nos dirigimos a las aberturas que daban hacia el oriente y allí bebimos con las bocas abiertas el viento sin fuerza, vacío, remansado, del desierto. Aquel suave hálito había nacido en alguna parte tras el distante Eufrates y había hecho penosamente su camino a través de muchos días y noches de pasto muerto hasta encontrar su primer obstáculo en los muros de nuestro ruinoso palacio. En torno a ellos parecía arrastrarse y detenerse, murmurando en lenguaje infantil. “Esto —me dijeron— es lo mejor: no tiene sabor alguno”. Mis árabes estaban volviendo sus espaldas a los perfumes y los lujos para elegir las cosas en las cuales la humanidad no había tenido arte ni parte.

El beduino del desierto, nacido y criado en él, había abrazado con toda su alma esta desnudez excesivamente áspera para los demás, por la razón, sentida aunque no expresada, de que allí se encontraba indudablemente libre. Despreció los vínculos materiales, las comodidades, todas las superfluidades y demás complicaciones con el fin de alcanzar una libertad personal que rondaba la inanición y la muerte. No veía virtud alguna en la pobreza misma; disfrutaba de los pequeños vicios y lujos —café, agua fresca, mujeres— que aún podía conservar. En su vida tenía aire y vientos, sol y luz, espacios abiertos y un enorme vacío. No había esfuerzo humano, no había fecundidad en la naturaleza; sólo el cielo en lo alto y la tierra inmaculada debajo. Allí, inconscientemente, llegaba hasta las proximidades de Dios. Dios no era para él antropomórfico, tangible, moral; no estaba relacionado con el mundo o con su persona; no era natural, sino el ser ἀχρώματος, ἀσχημάτιστος, ἀναφής, calificado así, no por desposeimiento, sino por investidura: un Ser que

todo lo abarcaba, la entraña de toda actividad. Naturaleza y materia no eran sino cristales que lo reflejaban.

El beduino no podía buscar a Dios dentro de sí mismo; estaba demasiado seguro de que él se hallaba dentro de Dios. Nada podía concebir que no fuera Dios; sólo Él era grande. Sin embargo, había cierta familiaridad y cierta cotidianidad en este climático Dios árabe que era para el árabe su comer, su luchar y su gozar, el más común de sus pensamientos, su recurso familiar y su compañero, de un modo que resulta imposible para aquellos cuyo Dios se halla tan tristemente velado por la desesperación de su indignidad carnal y por el decoro del culto formal. Los árabes no sentían como algo anómalo el hecho de introducir a Dios en las debilidades y en los apetitos de sus menos apreciables causas. Era la más familiar de sus palabras, y en rigor nosotros hemos perdido mucha elocuencia al convertirlo en el más breve y feo de nuestros monosílabos.

Este credo del desierto parecía indecible y aun impensable. Era fácilmente sentido como una influencia, y los que permanecían en el desierto el tiempo suficiente para olvidar sus espacios abiertos y su vacuidad, eran inevitablemente empujados hacia Dios como el único refugio y ritmo de la existencia. El Bedaui podrá ser un Sunni o un Uahabi nominal o cualquier otra cosa dentro del círculo semítico, sin tomarlo muy en serio, un poco a la manera de los guardianes en la puerta de Sión, los cuales bebían cerveza y reían en Sión precisamente porque eran sionistas. Cada nómada tenía su religión revelada, no oral, tradicional o expresada, sino instintiva. Por eso todos los credos semíticos (en carácter y en esencia) hacen hincapié en la vacuidad del mundo y la plenitud de Dios y por eso su expresión corresponde al poder y a las oportunidades del creyente.

El habitante del desierto no podía esperar que otros aceptaran su creencia. No había sido nunca ni evangelista ni prosélito. Llegó a esa intensa condensación de sí mismo en Dios cerrando sus ojos al mundo, y a todas las complejas posibilidades latentes en él, que solamente podían ponerse de manifiesto al contacto con la riqueza y las tentaciones.

Alcanzó así una segura y poderosa confianza, pero ¡cuán angosta! Su estéril experiencia le despojó de la compasión y pervirtió su bondad humana, a imagen del yermo en el cual se escondía. Así se infligió el sufrimiento, no meramente para ser libre, sino para complacerse. El resultado fué un deleite en el dolor, una crueldad que valía para él más que sus propios bienes. El solitario árabe no encontró felicidad que pudiera compararse a la de la contención voluntaria. Encontró el placer en la abnegación, en la renuncia, en la autocoerción. Hizo de la desnudez del espíritu algo tan sensual como la desnudez del cuerpo. Salvó acaso su propia alma, sin peligro, pero con duro egoísmo. Hizo de su desierto una nevera espiritual en la cual conservó intacta, pero sin mejoras posibles, una visión de la unidad de Dios. Los buscadores procedentes del mundo externo podían adentrarse en él por una temporada y contemplar con despego el espíritu de las generaciones que aspiraban a convertir.

Esta fe del desierto era imposible en las ciudades. Era a la vez demasiado extraña, demasiado simple, demasiado impalpable para la exportación y para el uso común. La idea, la creencia básica de todos los credos semíticos aguardaba allí, pero tenía que ser diluída para hacérsenos comprensible. El chillido de un murciélago era demasiado penetrante para muchos oídos; el espíritu del desierto se escapaba a través de nuestra contextura más basta. Los profetas regresaban del desierto con su vislumbre de Dios, y a través de su opaca sustancia (a manera de un cristal oscuro) mostraban algo de la majestad y resplandor cuya visión, completa nos cegaría, nos ensordecería, nos impondría silencio, haría de nosotros lo que ha hecho del beduino: un hombre extraño, segregado de todos los demás.

En su empeño de despojarse a sí mismos y de despojar a sus vecinos de todas las cosas, de conformidad con las palabras del Maestro, los discípulos tropezaron con las debilidades humanas y fracasaron. Para vivir, el aldeano o el habitante de la ciudad necesitan saturarse diariamente de los placeres de la adquisición y la acumulación, convirtiéndose de re-

chazo en los más groseros y materialistas de los hombres. El brillante menosprecio de la vida, que conducía a otros al más desnudo ascetismo, lo empujaba a la desesperación. Se derrochaba imprudentemente, como un manirroto; malbarataba su herencia carnal en una apresurada ansia para llegar al fin. El judío en el "Metropole" de Brighton, el avariento, el adorador de Adonis, el libertino en los burdeles de Damasco eran igualmente signos de la capacidad semítica para el goce y expresiones del mismo vigor que nos proporciona, en el polo opuesto, la abnegación de los esenios, de los primitivos cristianos o de los primeros Califas al hallar más despejado el camino hacia el cielo para los pobres de espíritu. El semita se cierce entre la lujuria y la abnegación.

Los árabes podían ser movidos por una idea como por una cuerda; pues la fidelidad espontánea de sus espíritus hizo de ellos servidores obedientes. Ninguno de ellos rompería el vínculo hasta alcanzar el éxito y, con él, la responsabilidad, el deber y los compromisos. Entonces desaparecía la idea y terminaba la labor —en ruinas. Sin poseer un credo, podían ser llevados a las cuatro partes del mundo (aunque no al cielo) mostrándoles simplemente las riquezas y los placeres de la tierra. Pero si, llevados de este modo, se encontraban en el camino al profeta de una idea que no tuviera lugar donde apoyar la cabeza y que dependiera para su subsistencia de la caridad o de los pájaros, todos abandonaban sus riquezas para seguirle. Eran incorregibles hijos de la idea, débiles y ciegos para el color, hombres para quienes cuerpo y espíritu estaban siempre en oposición irreductible. Su alma era extraña y oscura, llena de depresiones y exaltaciones, desordenada, pero más ardiente y fértil en creencias que cualquier otra alma del mundo. Eran un pueblo impulsivo, para el cual lo abstracto era el motivo más fuerte, el proceso de infinito valor y variedad: el fin nada. Eran tan inestable como el agua y como ella acaso prevalecerían finalmente. Desde la aurora de la vida, en oleadas sucesivas, se habían estrellado contra las costas de la carne. Cada una de las olas se había roto contra el acantilado, pero, como el mar, había desgastado un poco su mole granítica y algún día,

con el tiempo, rodaría quizás libremente por encima del lugar en que estuvo el mundo material y Dios se movería sobre sus aguas. Fué una de estas olas (y no la menor) la que yo levanté y moví con el soplo de una idea, hasta que alcanzó su cresta y vino a desplomarse sobre Damasco. El reflujo de aquella ola, rechazado por la resistencia de los intereses creados, engrosará la ola siguiente cuando en el momento oportuno el mar vuelva a agitarse.

CAPÍTULO CIII

Yo

Perezosa y suavemente presté ayuda al Cuerpo de Camellos en su largo abrevarse en los profundos pozos y gocé de la benevolencia de Buxton y de sus trescientos hombres. Llenaban de animación el valle, y los Howeitat, que jamás habían imaginado que hubiese tantos ingleses en el mundo, no se cansaban de mirarnos. Yo estaba orgulloso de mi stirpe, de su gallardo continente y de la ordenada actividad con que cumplían su espontánea tarea. A su lado los árabes parecían forasteros en Arabia. Además, la conversación de Buxton era un regocijo, siendo como era un hombre comprensivo, culto y audaz. Desgraciadamente, casi siempre estaba ocupado en los preparativos de las largas marchas forzadas.

Así, pues, pasé muchas horas conmigo mismo, tomando conciencia de dónde me hallaba, mentalmente, en este mi trigésimo aniversario. Recordé con extrañeza que cuatro años antes me había propuesto, al alcanzar los treinta, obtener el grado de general y un título de nobleza. Tales dignidades temporales (si sobrevivía las próximas cuatro semanas) estaban ahora a mi alcance. Pero la conciencia que poseía de la false-

dad de la posición árabe me había curado de tales toscas ambiciones, aunque dejándome anheloso de buena reputación entre los hombres.

Este vehemente deseo me hacía sospechar profundamente de mi veracidad para conmigo mismo. Sólo un excelente actor podía producir impresión tan favorable. Aquí estaban los árabes, que creían en mí; Allenby y Clayton, que confiaban en mí; los muchachos de mi escolta, dispuestos a morir por mí. Comencé a preguntarme entonces si todas las reputaciones estarían fundadas, como la mía, en el fraude.

Ahora tenía que aceptar las alabanzas con que se pagaba mi actuación. Cualquier declaración mía de la verdad la llamaban modestia, autodesestimación, y la juzgaban encantadora —pues los hombres eran siempre amigos de creer un relato romántico. Esta estúpida confusión de la timidez —que constituía mi conducta— con la modestia —que era un punto de vista— me irritaba. Yo no era modesto; estaba avergonzado de mi torpeza, de mi envoltura física y de esa solitaria individualidad que hacía de mí, en vez de un compañero, un conocido —completo, anguloso e incómodo como un cristal.

En mi relación con los hombres tenía siempre la sensación de no hacer pie. Esto conducía a un exceso de minucia —el vicio de las tentativas de los aficionados en arte—. Del mismo modo que, por no ser un soldado, mi guerra era demasiado reflexiva, por no ser un hombre de acción mi actividad era sobreexcitada. Constituían esfuerzos intensamente conscientes en el curso de los cuales se desdoblaba mi persona para contemplar la acción entre bastidores como crítico.

A esta actitud debía agregarse la tensión producida por el hambre, por la fatiga, por el calor, por el frío, por la repugnante grosería de la vida entre los árabes. Todo esto fomentaba la anormalidad. En vez de hechos y de cifras, mis libros de notas estaban repletos de estados de ánimo, de ensueños e interrogaciones inducidos o extraídos de nuestras situaciones y expresados en términos abstractos, al ritmo punteado de los camellos en marcha.

Con el fin de satisfacer mis ansias de sinceridad, comencé durante

este cumpleaños en Bair a disecar mis creencias y mis motivos y a andar a tientas dentro de mi propia y honda oscuridad. Esta desconfiada timidez colocaba sobre mi rostro, confundiéndome, una máscara; con frecuencia una máscara de indiferencia o de frivolidad. Mis pensamientos arañaban, perplejos, esta paz aparente, sabiendo que era sólo una máscara; pues a pesar de que intentaba no detenerme jamás en lo que era interesante, había instantes demasiado intensos para poder dominarlos, en que mi apetito estallaba y me amedrentaba.

Tenía plena conciencia de las potencias y entidades que formaban un haz dentro de mí; lo que se me escapaba era su naturaleza. Estaba ansioso de ser estimado —deseo tan intenso y nervioso que jamás pude abrirme amistosamente a otra persona—. El terror de fracasar en un esfuerzo tan importante me impedía siquiera intentarlo. Además, era una cuestión de nivel, pues la intimidad parecía vergonzosa a menos que el otro pudiera responder plenamente a ella, con el mismo lenguaje, con el mismo método y las mismas razones.

Estaba ansioso de fama, y me horrorizaba pensar que se conociera mi deseo de ser conocido. El desprecio por mi pasión de distinguirme me hizo rechazar todos los honores que se me ofrecieron. Cuidaba mi independencia tanto como pudiera hacerlo un beduino, pero mi impotencia para la visión me revelaba mejor mi forma en los cuadros pintados, y las observaciones de los demás, oídas por casualidad, me enseñaban mejor la impresión que producía. El anhelo de oírme y verme en esta forma era mi asalto a mi propia inviolada ciudadela.

Evitaba toda criatura inferior como una imagen de nuestro fracaso para alcanzar una verdadera espiritualidad. Si se me imponían, las odiaba. Poner mi mano sobre un ser vivo era una profanación; y me estremecía si me tocaban o se tomaban por mí un interés excesivo. Era una repulsión atómica, parecida al viaje intacto de un copo de nieve. Si mi cabeza no hubiese sido tan tiránica, habría elegido lo contrario. Envidiaba el absolutismo de las mujeres y de los animales y me lamentaba de mí mismo al ver a un soldado con una muchacha o a un hombre

acariciando un perro, porque mi deseo era ser tan superficial, tan acabado, pero mi carcelero me retenía.

Sentimientos e ilusión estaban siempre en lucha dentro de mí, razón lo bastante fuerte para triunfar, pero no lo bastante fuerte para aniquilar a los vencidos o abstenerse de preferirlos. Y acaso el más verdadero conocimiento del amor sea amar lo que el propio yo desprecia. Sin embargo, yo sólo podía desearlo: podía ver la felicidad en la supremacía de lo material, y no podía ceder a ella; podía intentar adormecer mi espíritu para que las sugerencias pasaran a través de mí sin obstáculo, y permanecía amargamente despierto.

Amaba las cosas que estaban debajo de mí y dirigía mis placeres y aventuras hacia abajo. En la degradación parecía haber una certidumbre y una definitiva seguridad. El hombre podía elevarse hasta cualquier altura, pero hay un nivel animal más abajo del cual no podía caer. Era una satisfacción en la cual reposar. La fuerza de las cosas, los años y una especie de artificial dignidad me la negaban cada vez más, pero aún perduraba el regusto de libertad obtenido durante una juvenil quincena pasada en Port Said, cargando carbón en los buques durante las horas diurnas con otros parias de tres continentes y acurrucándome por la noche para dormir sobre el rompeolas junto al Lesseps, donde el mar se agitaba embravecido.

Es verdad que aquella Voluntad acechaba de continuo, aguardando, inquieta, el momento de irrumpir fuera. Mi cerebro era instantáneo y sigiloso como un gato salvaje, mis sentidos, como barro pegado a sus pies, y mi yo (siempre consciente de sí mismo y de su timidez) decía a la fiera que es de mala educación dar saltos, y vulgaridad devorar presas. Así enredada en nervios y vacilaciones, no podía ser una cosa temible; sin embargo, era una fiera real, y este libro es su piel sarnosa, disecada y armada para que los hombres puedan verla.

Pronto dejaba atrás las ideas. Desconfiaba, así, de los peritos que son a menudo inteligencias confinadas entre altos muros, conocedoras, es cierto, de todas las losas que pavimentan los patios de sus prisiones,

en tanto que yo podía saber de qué cantera habían sido extraídas y el salario que el albañil ganaba. Yo los contradecía sin darles importancia, pues había descubierto materiales siempre adecuados para servir a un propósito, y en la Voluntad un guía seguro para cualquiera de los muchos caminos que van del propósito a la realización. La carne no existía.

Muchas cosas había recogido; con muchas había jugado; muchas había mirado y rechazado, pues no poseía la convicción necesaria para la acción. La ficción me parecía más sólida que la actividad. Egoístas ambiciones me visitaban, pero no permanecían en mí, pues mi yo crítico me obligaba a rechazar, descontentadizo, sus frutos. Llegaba siempre a dominar las cosas a las cuales me había entregado, pero jamás me empleé voluntariamente en ninguna de ellas. En rigor, yo me veía como un peligro para los hombres comunes, por esa fuerza sin timón que ponía a disposición de ellos.

Yo seguía, pero no fundaba; en rigor, no tenía siquiera el deseo de seguir. Sólo mi debilidad me alejaba del suicidio mental: alguna lenta tarea que permitiera, al fin, sofocar el horno que ardía en mi cerebro. Yo había desarrollado ideas de otros hombres, y los había ayudado, pero nunca había creado algo propio, pues no podía aprobar la creación. Cuando otros hombres creaban, yo estaba dispuesto a servir y a remendar su obra lo mejor posible, pues, si bien era pecaminoso crear, sería añadir pecado y vergüenza el haber creado tuerta e imperfectamente.

En la tarea, había siempre intentado servir, pues el dirigir requiere una vigilancia que nos pone demasiado en relieve. La sumisión a un orden implicaba economía de pensamiento, del doloroso pensamiento; era como guardar en hielo el carácter y la voluntad, lo cual llevaba a un indoloro olvido de la acción. Parte de mi fracaso se debía a no haber encontrado nunca un jefe que me utilizara. Todos ellos por incapacidad, por timidez o por afecto, me dejaban demasiada libertad, como si no pudiesen comprender que la esclavitud voluntaria era el hondo orgullo de un espíritu mórbido, y el sufrir por otros su honra más gozosa.

En vez de eso, me concedían toda especie de libertades, de que yo abusaba. Todo huerto en que se puede robar debe tener guardián, perros, alto muro y alambradas. ¡Abajo la triste impunidad!

Feisal era un espíritu valeroso, débil e ignorante, que intentaba realizar una labor sólo apropiada para un genio, un profeta o un gran criminal. Yo me puse a su servicio por piedad —un motivo que nos degradaba a ambos. Allenby estaba más próximo a mis ansias de hallar un amo, pero tenía que evitarlo, pues no me atrevía a doblarme ante él, temeroso de que se me apareciera como un coloso con pies de barro y pronunciara esas palabras amistosas que podían hacer trizas mi lealtad. Con todo, ¡qué ídolo era para nosotros ese hombre brillante, con la pura y persistente cualidad de la grandeza y del instinto bien arraigados!

Hay cualidades tales como el coraje que no pueden subsistir solas, pues para manifestarse deben ir mezcladas con otros ingredientes mejores o peores. La grandeza de Allenby era de categoría distinta: bas-tábase a sí misma, constituía una faceta del carácter y no del intelecto. Hacía que en él resultaran superfluas las cualidades ordinarias: inteligencia, imaginación, perspicacia, laboriosidad parecían a su lado algo necio. Este hombre no podía ser juzgado según nuestros patrones habituales de la misma manera que el filo del tajamar de un buque no puede ser juzgado por el filo de una navaja. Su fuerza interior lo dispensaba de poseerlas.

Oír que otras gentes eran alabadas me hacía celosamente desesperar de mí mismo, pues lo tomaba al pie de la letra; aunque si hubiesen hablado diez veces mejor de mí, lo habría considerado como algo insignificante. Yo era inevitablemente para mí mismo una especie de consejo de guerra, porque el conocimiento de la oportunidad explotada me descubría los resortes internos de la acción. Sólo resulta loable lo que ha sido pensado de antemano, previsto, preparado, elaborado. Conocedor del detrimento, el “yo” se veía obligado a menospreciarse a causa de las alabanzas ajenas desprovistas de espíritu crítico. Era una venganza de mi amaestrada facultad histórica contra el testimonio del juicio pú-

blico, el ínfimo denominador común para quienes sabían del asunto, pero que excluía toda apelación a causa de la vastedad del mundo.

Cuando una cosa estaba a mi alcance, dejaba de desearla; mi deleite radicaba en el deseo. Todo lo que mi espíritu podía firmemente anhelar era asequible, como ocurre con todas las ambiciones de todos los hombres sanos. Y cuando un deseo prevalecía, solía esforzarme hasta que la meta quedaba al alcance de mi mano. Entonces me echaba a un lado, satisfecho de que hubiera caído dentro del radio de mi fuerza. Únicamente buscaba la seguridad de mi fuerza y me importaba un bledo que los demás la conocieran o no.

Había en los comienzos una atracción especial que me arrastraba a un permanente empeño de libertar mi personalidad de todo aditamento y a proyectarla sobre medios cada vez distintos, a fin de alimentar mi curiosidad por ver su desnuda sombra. El invisible yo parecía reflejarse con excepcional claridad en las tranquilas aguas del espíritu todavía indiferente de otro hombre. Los prudentes juicios que llevaban en sí algo del pasado y del futuro carecían de valor cuando se comparaban con la reveladora visión primera, con el instintivo abrirse o cerrarse del alma de un hombre al topar con un forastero.

Gran parte de mi acción provenía de esta egoísta curiosidad. Cuando estaba en compañía de una persona nueva, me embarcaba en menudos y extravagantes problemas de conducta, observando el impacto que producían éstas o aquellas maniobras sobre mis oyentes y tratando a mis compañeros como otros tantos blancos del ingenio intelectual. Lo hacía hasta que apenas podía saber yo mismo dónde comenzaba y dónde terminaba la tomadura de pelo. Esta mezquindad contribuía a que no me sintiera a gusto con los demás, temeroso de que mi capricho me condujera repentinamente a coleccionarlos como trofeos de mi puntería. Por otro lado, se interesaban demasiado en muchas cosas que mi conciencia rechazaba. Hablaban de comidas y de enfermedades, de juegos y de placeres con una persona que, como yo, sentía que el reconocimiento de la posesión de nuestros cuerpos constituía una degradación suficiente

para que sobraran los comentarios acerca de sus flaquezas y atributos. Yo sentía vergüenza de mí mismo al verlos revolcarse en lo físico, que sólo podía ser una glorificación de la cruz en que el hombre está clavado. En verdad, no me gustaba el “yo” que yo mismo podía ver y oír.

T. E. LAWRENCE

CARTAS DE MIGUEL DE UNAMUNO

VI

El Rector de la Universidad de Salamanca

12 de diciembre de 1900.

Señor D. Juan Arzadun¹.

Querido Juan:

Tienes razón que te sobra en tus quejas por mi tardanza y poca prolijidad en contestarte. Entono el mea culpa y hago propósito de la enmienda, pero... ¡si vieras en qué torbellino, y no oficial, estoy metido! Me he llevado más de un mes traduciendo, a razón de cuatro o cinco horas diarias, el tercero y último volumen de la Historia de la Revolución Francesa de Carlyle, empeñado en terminarla antes de Navidad.

Esta misma mañana he dado cima a mi versión de Maese Pedro. Llamo Maese Pedro a Carlyle —de quien ha trazado Taine una silueta tan sistemática y falsa, como casi todas las del gran falsificador fran-

¹ Véanse las cinco primeras cartas a don Juan Arzadun que publicamos en nuestro número anterior.

cés— por su manera de hacer historia. Arma su tinglado, se adelanta, suelta un discurso, con muchas interjecciones y admiraciones, y puntos suspensivos y mucho de “ahora van a ver ustedes, señores, etc.”; descorre la cortina, saca sus muñecos, les hace hablar, accionar y obrar. Les increpa, les anima, les insulta, traba diálogos con ellos, les dice “¡ya te profeticé yo, Petion, cómo habías de acabar!” “Pero ¿qué haces, cetrino Incorruptible? (Robespierre)”... les pone motes, habla en primera persona, se mete en el escenario entre sus muñecos, interrumpe la representación para soltar un discurso, y añade: “pero, volvamos a nuestro cuento”. Y todo esto entre un relampagueo de metáforas, de ingeniosidades y unas descripciones... (Danton yendo a la guillotina, la Insurrección de las mujeres, la Fiesta del Ser Supremo), que chorrean vida. Figúrate un Victor Hugo puritano y sin brida en la fantasía. Es un asombro de imaginación ese Maese Pedro; pero poco más que de imaginación, que te deslumbra, y fascina, y acaba por marearte. Con pasajes dignos de no olvidarse nunca. Escribió toda una biblioteca recomendando el silencio (el silencio oral sin duda). Merece que leas esa su historia de la Revolución francesa.

Y en ratos que esta tarea me dejaba he terminado la primera redacción de mi novela, la del padre del genio pedagogizado, y ahora me queda la labor de repasarla, y volverla a repasar.

Y tengo que leer libros americanos para la sección bibliográfica que en mal hora me comprometí a hacer en “La Lectura” y ¡ésta sí que es tarea enorme!

Y tengo que preparar artículos para esta y la otra publicación, el último, uno muy largo, sobre el problema de la Instrucción Pública en España, para el número del primero de enero de “La Nación” de Buenos Aires, trabajo bien pagado (ciento cincuenta pesetas) pero que cuando aquí se reproduzca hará efecto.

Y ahora me llaman a Vigo a que dé allí, en la segunda quincena de enero, seis conferencias, pagándome estancia y viajes y mil pesetas; primeras conferencias de una serie de ellas en que entrarán D^a Emilia, Echegaray, Cajal, Maeztu, etc. Y esto me embarga, pues ya sabes que no me gusta salir del paso, nunca. En mis seis conferencias de Ética social he de plantear un programa que hace tiempo maduro, y es el de que los españoles europeos no debemos enarbolar la bandera de la Libertad, sino la de la Cultura. ¡Libertad, no! La libertad es algo abstracto, una mera condición negativa. ¿Libertad de conciencia, donde no hemos hecho la conciencia que ha de ser libre? Eso es dar a los peces libertad para que vuelen. No, libertad, no. Nuestro pueblo ni la merece, ni la necesita, ni le conviene; cultura, cultura, cultura. Cultura impuesta, y tal como la entendemos nosotros, los europeos, los que nos debemos constituir en directores por santo derecho divino. Frente a la reacción católica (hay que llamar a las cosas por su nombre) que pide libertad, debemos de proclamar el Kulturkampf y decir con Calvino en Ginebra: "no predico en nombre de la Libertad, sino de la Verdad". En torno a este tema capital desarrollaré en Vigo otros, y los deberes del hombre para con la patria; y tocaré a eso del regionalismo, y a casi todo lo candente. El individuo es tan abstracción como el átomo, decía Natorp y lo comentaré yo. Y la sociedad independiente de los individuos es otra abstracción. Joaquín Costa ha hecho un daño horrible adulando a este pueblo español que tiene siempre gobiernos mejores de los que se merece, por malos que éstos sean. Hay que convencerle de que es muy bruto y de que para no caer bajo el cura que le embrutece más aún tiene que dejarse guiar por nosotros y se le convencerá... ¡Vaya si se le convencerá! Por mi parte tengo tal fe en mí mismo, tan honda persuasión de mi providencial misión pedagógica o demagógica (entendido esto etimológicamente) en España, que le he

de convencer. Y tocaré a la cuestión religiosa, no a la clerical, y la plantearé. Bien sabe Dios que si dicen que se me vienen las ocasiones a la mano, se equivocan, es que no las dejo escapar. Por riguroso turno legal me tocó el discurso de apertura, y en vez de salir del paso, como es de rutina, puse mi alma en ello. Me llamaron a Bilbao y supe que lo más oportuno, es lo que los prudentes, según el mundo, tienen por más inoportuno, y acerté. Me llaman a Vigo, y en vez de soltar seis conferencias de economía política o de lingüística haré una seiscena, seis sermones laicos, con su tinte protestante. Y les hablaré también del culto de la vida, en este pobre país que ha vivido con el culto a la muerte, y de lo grande del Pro Patria Vivere y que no es tanto morir como seguir viviendo, el dar la vida por la Patria; y del valor moral, de la necesidad de arrancarnos nuestros más caros sentimientos, cuando nos impiden marchar con el progreso (como lo del vascuence) y mirar a la Esfinge cara a cara. Te digo que ello resonará, porque hace tiempo que la Providencia pone resonador a las palabras que me salen del alma. ¡Y adelante! Tengo una misión que cumplir y la cumpliré. Y quiero supeditarme a algo mayor que yo, servir a un ideal, para tener derecho de supeditar a mí otras cosas, y a no detenerme en mi camino por piedra más o menos.

Te hablo de mí mismo con entero abandono, con absoluta franqueza. Creo ser hoy uno de los hombres más representativos de nuestra raza vasca —con perdón de esos desdichados que ahora me llaman traidor, mal hijo y renegado— y si ellos se obstinan en su ceguera y en seguir apegados a sus mezquindades, quédense cantando el Guernicaco y hablando de los fueros, que nuestra raza irá conmigo a otros destinos y a otra labor.

Hace años me dijo D^a Emilia que le recordaba yo a San Ignacio,

y no lo he olvidado. Sólo pido a Dios, a mi Dios, que no me ciegue la soberbia, pero que me sostenga.

Eso del catalanismo, me parece mezquino, pequeño, bajo, de un pueblo de egoístas. ¡Nos salvaremos con España o sin ella! ¡No, no y no! “Salvaremos a España, quiéralo o no”. Los vascos debemos decir otra cosa; no que nos dejen gobernarnos, sino que queremos gobernar a los demás, por ser los más capaces de hacerlo. Hay que hacer de aquí lo de Italia, en que el Norte solo se ha declarado contra el Sur, y ha declarado a los napolitanos indignos de gobernarse.

Sí, hay que proclamar la inferioridad de los andaluces y análogos, y nuestro deber fraternal de gobernarlos. Málaga debe ser colonia, y hay que barrer el beduinismo o sea el Romero Robledismo. Yo lo proclamaré, y si quedo solo solo quedaré. ¿No lo piensan miles de españoles? Pues habrá alguno de los que son oídos que lo digan. Todo esto sonará en Vigo con santa sinceridad. El castellano le lleva de ventaja al catalán su alma de inquisidor.

A primeras tolero mejor al que me viene con muestras, que al que me viene con un credo y una espada y me dice: ¡cree o muere!... esto es a primeras; pero cuando reflexiono, veo que el uno me toma de cliente, y el otro de hombre. Ese tejido de mentiras de la política atosiga (ahora hay un mentiroso más: Melquíades Álvarez). Y, por la parte que me toca, romperé la malla de mentiras, y como en Bilbao dije, diré la verdad, donde, cuando y como haga más efecto; donde, cuando y como sea más inoportuna, es decir, más oportuna.

Ve, pues, si con esta balumba de cosas en el corazón y la cabeza y aun sin contar la matraca burocrática y el tener que desembarazarme de las chinchorrerías que me armen estos pobres hombres de aquí, aquéllos de mis subordinados que aun no traban el derecho divino en virtud del cual soy Rector, me quedará mucho tiempo para otras cosas. Pero

sí me queda y me quedará para ti, que recibiste mis confidencias cuando yo soñaba a solas lo que hoy son realidades y mucho que aún no es realidad; me quedará tiempo, porque te he prometido enmienda.

“La Lectura” publicará tu artículo y otras cosas que les remitas, y es hoy un excelente muestrario. Así que en ella publiques un par de cosas te meteremos en “Nuestro tiempo” y he de dar un empuje por lo de “El Imparcial” si bien en éste nadie sabe como andan las cosas con aquel Ortega Munilla, apatía en persona, con quien sólo puede la insistencia de presencia personal. Así se han convertido Los lunes del Imparcial en coto cerrado o poco menos. A mí me tolera y aún me respeta (tengo el apoyo de Troyano); pero no me traga de grado; le debo resultar un mastodonte o dinosaurio en España. Un animal de otra fauna. A muchos les parezco así; me tienen por casi nada español. ¡Y yo que creo ser intra-español!... Veremos cuando publique mis versos. Porque sí, no lo dudes, nuestra poesía española es en cuanto a su fondo, pseudo-poesía, huera descripción o elocuencia rimada, y en cuanto a la forma, música de bosquimanos, tamborilesca, machacona, en que el compás mata al ritmo. Sólo aquí puede pasar por gran poeta Zorrilla, encarnación de la vacuidad sonora y tarareante, con sus eternos lugares comunes y sus eternos versos agudos. Por esto se nos van los americanos que pueden ser hoy inferiores a nosotros; pero que tienen otro oído. Y así es que soy yo, de los escritores españoles de mi generación, el único casi que tiene prestigio en América, y me llaman europeo o universal, y no español. Nuestro estúpido casticismo nos impide ser de veras castizos. Yo insisto en que nuestro pueblo está capacitado para gustar musings a lo Wordsworth o a lo Coleridge; nuestro pueblo, entiéndase bien, no nuestros cultos, en cuyos oídos aun resuenan las oquedades de El vértigo o de La última lamentación de Lord Byron o las insoportables soflamas rimadas de aquel buen patriota y

mal poeta que se llamó Quintana. Esto es en parte un alegato en contestación a lo que hablamos en el paseo de los Caños. ¿Que me equivoco? Vale más romperse la cabeza volando como Ícaro que no vivir sin haber intentado volar.

¿Que por qué no me adapto a la forma y modo tradicionales? Es porque claramente, de corazón, creo que son antipoéticos, que en España no hemos tenido apenas poesía, sino elocuencia rimada o descriptivismo más o menos sonoro.

Esta vez no te quejarás, me parece.

Felices Pascuas, de mi parte y la de Concha, saluda a Elena, besa a tus hijos y recibe un abrazo de tu

MIGUEL DE UNAMUNO

VII

24 de noviembre de 1909.

Querido Juan:

Di a tu amigo el Sr. Santos que he subrayado y ratificado la recomendación que ya por otro se me había hecho a favor de la maestra Da. Valentina Miguel Cabrero. Será servida.

Estoy a media correspondencia contigo y con todos los demás. He tenido que corregirme de mi antigua epistolomanía, que me llevaba mucho tiempo. Porque o no escribir cartas o escribirlas de veras; es mi divisa. Mis corresponsales aumentan. Sólo de América recibo cartas de ocho y diez pliegos de sujetos desconocidos que pretenden les conteste sobre todo lo divino y lo humano. Y si después de muerto yo

—porque me voy convenciendo al fin de que he de morirme al cabo— se publicase mi correspondencia, sería cosa de meter miedo.

Dos horas y media diarias de clase, algunas de despacho, paseo, colaboración fija a América, lecturas... ¡figúrate! Y ahora leo más que nunca, inglés sobre todo; y además me he metido a autor dramático. En el español tienen, además de La esfinge, drama que esa compañía ha representado ya, La venda, otro drama en un acto. Un día de éstos enviaré a Lara un sainete, La difunta, que es un viudo que a los cuatro meses de enviudar se casa con la criada. No sé si me lo rechazarán por crudo. Es realmente feroz, aunque muy cómico: los que me lo han oído leer se reían a mandíbula batiente, diciendo: ¡Qué barbaridad!

Y trabajo en otro sainete, que es la desesperación de uno que se casó por la dote con mujer rica y fea, y tiene la desgracia de que su mujer se haya enamorado de él perdidamente y no puede el pobre corresponder a sus entusiasmos. Es también feroz y se titulará: El de la de López. Estoy en vena de cómico, pero de un cómico sangriento y cínico. Acaso tenga razón Canals al decir que soy ante todo un escritor humorístico.

El caso es que mis dos primeros ensayos en "The English Woman" han atraído no poca atención en Inglaterra, y los otros dos atraerán más. Y el próximo número de "Il rinovamento", la revista modernista de Milán, me publica un largo ensayo sobre La condición actual del catolicismo en España que también levantará tormenta. Y voy a publicar mi Salutación a los rifeños, una oda que escribí en Bilbao en agosto. Es una arremetida a Europa, a esa Europa muelle, verde, grasa, de avaricia y lujo, y a su Dios, al Dios ateo, al Dios de las ideas.

Y aun me queda para embestir desde las columnas de "La Nación" a esa taífa de judíos, masones, pedantes y anarquistas, que han armado esa algarada internacionalista por el fusilamiento del mamarracho de

Ferrer. No puedo con los anarquistas, y no puedo con ellos por... imbéciles. Son de una simplicidad mental que mete miedo. Anarquistas, espiritistas, fonetistas en ortografía (como el gran Naverán, D. Onofre), esperantistas, homeópatas, Kneipistas... todo es lo mismo. Sólo que unos son inocentes y otros dañinos. Me alegro que des esa conferencia en el Ateneo; aquí no se vence sino por la constancia. Toda mi fuerza ha sido mi terquedad. Me he pasado años oyendo que me tomaban por loco e ininteligible. Mas, aun venciendo, la victoria vale poco. Es verdad; el que quiere ganar con la pluma, tiene que hacerla emigrar aunque él se quede. Yo, si no fuese por América, sólo escribiría aquí para desahogo. Mis dos últimos libros me cuestan todavía dinero, aunque cada vez menos. Y gracias que mi Vida de D. Quijote cubre con mucho exceso tal déficit. No se ha representado mi drama La esfinge sino cuatro veces y me produce ya cerca de 300 pesetas. Su estreno en el Español me valdrá cerca de 200. Es un escándalo esto del Teatro. Pero si me he metido en él no es por codicia, sino porque tengo cosas que decir que sólo por el teatro pueden llegar: cosas muy crudas y tal vez cínicas. Ya te dije que si quieres que te introduzca en América, a lo que estoy dispuesto, conviene sea mandando algo tuyo. Cuando publiques ese librejo con tus artículos, haré uno para "La Nación" y aprovecharé la coyuntura para hablar de aquel otro, que te prologué antaño, y que he dado a conocer a no pocos. Te haré el artículo entonces y creo será la ocasión de irte colando. A mí "La Nación", sin grande esfuerzo mío, me da unas tres mil pesetas al año y me ayuda a colocar allí mis libros. Y además se me discute, se me elogia y se me denigra.

Creo que sabes inglés. Si es así compra Ecce Homo de Seeley, edición de la Everyman's Library, J. M. Dent and Co., Londres. Una biblioteca baratísima, a chelín el tomo. Con el tomo vendrá el catálogo

de 400 obras. Cada novela de W. Scott y de Dickens, v. gr., un tomo encuadernado en tela. En la misma biblioteca hay el encantador libro de Borrow *The Bible in Spain*.

MIGUEL

VIII

Salamanca, 26 de enero de 1912.

Sr. D. Juan Arzadun

Enhorabuena, hombre, mi más cordial enhorabuena. Ayer hablaba del estreno de tu drama con Elorrieta, que como sabes está aquí. Él quedó en escribirte ayer mismo; yo aguardé a ver qué dicen esos microbios a que llamamos por mal nombre críticos teatrales. Veo que te tienen respeto y no es poco.

Por lo demás lo de siempre, a buscarte precedentes, pues es sabido que no hay aquí nadie a quien se le pueda ocurrir por primera vez una cosa cualquiera. Y luego lo de la languidez, la técnica y otros infundios. Con qué razón se revolvía el gran Flaubert contra toda esa monserga teatralasca. Son los del oficio, no es el público el que los inventa. Por mi parte ya sabes que odio las preceptivas, y me confirma en mi odio mi trato con los griegos anteriores a Aristóteles, que no hacían caso de esas cosas. ¡Qué soberana libertad, esto es, qué soberano arte el de la métrica de Píndaro! Pero vamos a tu caso. En "La Noche" de hoy leo tu artículo de cómo se te ocurrió Fin de condena y creo recordar que has hecho un cuento sobre ello. Ahora, si no temes herir a músicos y danzantes, debías contar cómo lo has metido en el Español, aunque tú has sido relativamente afortunado. Y me vas a permitir que te dedi-

que y enderece en esa misma "Noche" un articulito en que tu éxito teatral, del que soy el que más se alegra, me dé pie para una porción de cosas y para recordar nuestros buenos (?) viejos tiempos y hasta aquel desdichado Fermín Herrán. ¡Bien, hombre, bien! Ahora todo lo demás te irá como la seda.

Yo trabajando más que nunca. Lo que he empezado a publicar en "La España Moderna" y que ocupará de diez a doce números, me lleva tiempo. Yo lo de "La Nación" y "La Noche". De teatro me tiene Mendoza una Fedra, que es la tragedia de Eurípides y de Racine modernizada; hecha enteramente de nuevo, no refundida; es decir, el mismo argumento puesto en nuestra época. Creo haber hecho una obra de pasión. Aguarda su turno; pero como yo no puedo estar ahí y recordarles que la tienen aunque sólo sea con mi silenciosa presencia, ya ves... Y luego es obra que no tiene aparato, de una simplicidad adrede exagerada. Seis personajes, en rigor tres, la misma decoración de una casa cualquiera para los tres actos, trajes del día, todo de una desnudez extrema. En prosa muy enjuta, sin trajes, sin decorado, sin nada más que tres almas al desnudo. Veremos.

Creo que te debía carta, y por aquí anda la última tuya. Pero esto ha sacudido mi desidia laboriosa.

Te voy a dar otra noticia que no sé si te agradará, y es que sigo haciendo versos. Es ahora mi testarudez. Y me propongo escribir de largo sobre el ritmo. Hay que matar a Zorrilla el tamborileco, especie de Donizetti del verso, y hay que matarle por razones de oído, de ritmo. Es decir, lo que hay que hacer, es que la gente empiece a aprender a leer, que aquí estriba todo.

A Elorrieta parece le gusta esto y yo trato de retenerle y que no me salga un comisionista más que con cualquier pretexto se ande por ahí.

Su fervor político me encanta, aunque no pueda yo ya ¡ay! participar de él. Me ha hablado de tus conferencias en el Ateneo.

¿Qué más traes entre manos? ¿Tienes algún otro drama? Yo creo que has escrito relatos, (el de la vieja aquella a quien le compraron la casa a los cuatro vientos, el de el aldeano cercado por las minas, etc.) que son, digan lo que quieran los tecnicistas, teatralizables. Es más. Creo que lo es todo.

Supongo a tu gente bien, y de ello me alegro.

Y vaya por fin un abrazo de tu amigo

MIGUEL

IX

Salamanca, 26 de abril de 1912.

Querido Juan:

Anoche es cuando pusieron tu Fin de condena y con muy regular entrada a pesar de que a la misma hora en el otro teatro (hay aquí tres y funcionan ahora dos) daban un estreno de uno de aquí y a pesar de que llovía a cántaros, cosa que aquí influye no poco. El público se divide: en el público verdaderamente popular, a quien no le cansan jamás esas cosas de presidio y que tiene una imaginación carcelaria, y el otro público, el más estropeado por el teatro, que encuentra un poco machacón y alargado tu drama. La acumulación de pequeños detalles, aunque significativos todos, le fatigan. Y es que el drama es cosa de simplificación y de poda, donde hay que sacrificar mucho. Y en el tuyo, más que una sucesión gradual de asunto, hay a las veces acumu-

lación de él. Así hizo Hauptmann en Los tejedores pero esos dramas de conjunto, en que la muchedumbre o coro supedita al protagonista, o en que la atención se reparte entre varios caracteres, no resultan del todo en el teatro. El mismo drama de Esquilo (Los persas) padece de eso.

A otro le oído que hay en tu drama dos.

Pero la cosa interesa. Otros encuentran que el final es demasiado violento. Ya sabes que los griegos no gustaban de que se muriese ni se matase en escena. Eso pasaba dentro.

Yo encuentro que tu drama está concebido novelísticamente y que una cierta mayor sobriedad y desnudez le vendría bien. El realismo o naturalismo zolesco, no es el del teatro. Por eso Zola no consiguió nunca triunfar en el teatro, ni tampoco Flaubert. Es que no acertaban a concentrarlo todo en una escena.

Te envió la..., no la llamo crítica, de "El Adelanto". Su autor es un pobre mentecato que no ha hecho sino repetir algo que leyó en los periódicos de ésa y la enorme gansada de tu falta de experiencia teatral. Éste es uno de los más estúpidos lugares comunes de ese pozo de ramplonería que es la crítica (¡teatral!). Lo han dicho por saber que era tu primera obra teatral. Es algo que subleva. Todo lo arreglan con clichés. Y ni hay tal experiencia ni Dios que lo fundó. El que acierta, acierta en dar gusto al público y el que no da al de hoy se lo dará al de mañana.

El otro periódico que también te envió, "El Salmantino", es carlista. Mañana te mandaré uno, semanario, y lo de éste estará mejor, pues el que me han dicho que va a hacerlo es mozo de sentido.

Al fin creo que llevaré mi Fedra, de que te habrá hablado Elorrieta, al Español. Es una tragedia de una desnudez extrema, de un mínimo de personajes y escenas, llevado todo a la suma sobriedad y a la

mayor concentración posible. Veremos como pasa. Pasión, creo la tiene.

Recibí, sí, el ejemplar que me enviaste. Es un ambiente de cosas, o un asunto si quieres, que no me resulta grato —me da demasiada repugnancia— pero reconozco que has sabido darle realce. Lo que hay de problema carcelario o de criminología, es lo que me le hace menos grato. Pero el público, a quien le interesa todo lo que rodea al crimen y al criminal —que acaso sea el gran misterio de la vida— no es yo.

Hasta otro día.

Un abrazo de

MIGUEL DE UNAMUNO

X

Salamanca, 28 de octubre de 1920.

Querido Juan:

Mándame seis ejemplares más de tu librito, para que se los envíe dedicados y recomendados por mí, a otros tantos argentinos que se dedican a estudios históricos. Haré una correspondencia a "La Nación" sobre ello y con la correspondencia enviaré un ejemplar.

Has hecho bien en enviar eso a "Caras y Caretas". Es un buen sitio en que meter el cuevo. Se lee mucho y paga bien. Con "Caras y Caretas", "El Imparcial" aquí, y si consigues, que creo que sí, meterte en "La Nación" tienes las tres mejores palancas de publicidad.

A mediados de junio fui a Canarias, de donde volví a fines de julio, habiendo estado allí más de un mes y diez o doce días de viaje,

con parada en Cádiz al ir y en Oporto al volver. Me gustó mucho la Laguna de Tenerife. He de escribir sobre mi excursión canaria. A fines de agosto fuí a la Sierra de la Estrella y de allí a Busaco y Coimbra. Observé los preludios de la revolución que ha traído a Portugal esa ridícula república con la presidencia del mamarracho de Teófilo Braga. Un hombre honrado a carta cabal, pero un pobre majadero archilibresco (una especie de Adolfo Posada, o de Altamira o de Morote) que no sabe escribir de nada sin citar a Augusto Comte. Ahora va a hacer todo lo que dice el libro de la república, y ni arreglarán la hacienda ni las colonias. Porque el mal de Portugal no era la monarquía —con ser ésta detestable y muy bien suprimida, pues era peor aún que la república con que la han sustituido y que al fin aunque libresca, es honrada— sino que su mal es la independencia. La redención de Portugal está en que lo conquiste España y esto lo saben muchos de ellos y Oliveira Martins, lo dijo bastante claro. España, Portugal y Marruecos, la Hispania máxima. Vuelto de Portugal, a fines de agosto, fuí a Bilbao donde pasé un mes y tomé parte en el homenaje a Mogro-vejo el escultor; es decir, no tomé parte, tomé casi todo. He pasado, pues, cerca de tres meses fuera. Y el lunes me voy a Oviedo a dar allí dos conferencias: una sobre el Dios de España y otra sobre el socialismo y la patria. Estoy pasando una calentura de patriotismo. Les voy a contar cómo el monoteísmo, de origen judío, empezó por monolatría, y cómo el Dios universal es un Dios nacional universalizado. Que Dios, el Dios de las batallas, el vivo, el histórico se revela en patrias y no fuera de ellas; el Dios cosmopolita, metafísico, es un Dios abstracto y ateo. Es el Dios del bípedo implume, contratante social de Juan Jacobo, zoón políticón de Aristóteles, homo economicus manchesteriano; es decir el mamífero vertical.

Y hago sonetos. Pero sonetos clásicos, de catorce endecasílabos

rimados y con todas las de la ley. Llevo ya hechos 95. Cuando tenga unos más publicaré un tomo de ciento y pico de sonetos.

Mi gente toda muy bien, pero yo lleno de aprensiones sobre el estado de mi corazón y tomando todo género de precauciones para defendérmelo. Creo le tengo algo cansado y quiero corregir, si puedo, una hipertensión vascular. Achaques, en fin, de los años o si se quiere, perspectiva de una vejez prematura. Y yo no me rindo sin luchar. Creo haberme dado cuenta a tiempo.

Y como siempre sucede que todo cardiópata da en neurópata, me he puesto algo excitable.

Estuve ahí y no te vi. Tuve yo la culpa. No sé cuando volveré. Adiós. Afectos a Elena y los chicos. Un abrazo de tu amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

NOTAS

Los Libros

FRANCISCO AYALA: *Razón del mundo* (Editorial Losada, Buenos Aires, 1944). —

Entre los debates de post-guerra ha habido uno que, sobre todo, acusó la conciencia de incertidumbre de ese próximo pasado. Reveló en qué forma el ingenio adquiriría sutileza al par que el ataque de parálisis se volvía más agudo. Se trata de la famosa controversia promovida en torno a los intelectuales y su disputada responsabilidad. Forma parte de tres reacciones puritanas y una sola evasión: arte puro, poesía pura, intelectual puro. Nunca se supo bien si lo puro equivalía a lo neutro. Desde el libro de Benda (1927) hasta el opúsculo de MacLeish (1941), se sucedieron incontables alegatos en todos los idiomas, a medida que éstos, por turno, iban dejando de ser instrumentos de los valores universales. Curioso contrasentido: mientras el hombre de letras se consumía en ejercicios de premiosa introspección, ávido de saber si desertaba o cumplía los deberes de su tiempo, se precipitaban las vísperas de setiembre de 1939. Su auto-interrogatorio quedaría pronto invalidado y ahogado por clamorosos bandos y arengas delirantes, por discursos cargados de odios y amenazas. Ahí está la crónica diaria durante cinco años de "dolor, lágrimas y sangre". Al fin el intelectual despertó de su tardía encuesta, pero entonces ya no necesitó sorberse el seso para averiguar dónde se encontraba. De sus inquisiciones fué a parar a las de un mundo en ruinas, sometido a métodos inquisitoriales. Multitud de pensadores, escritores y artistas no alcanzaron a comprender cuál había sido su culpa en la catástrofe; se apartaron unos de otros, distanciados por divergencia sobre el particular. Luego rodaron juntos por cárceles, campos de concentración y tierras de exilio. Fueron baterías del espíritu silenciadas. Algunos bajaron

—también juntos— a los refugios antiaéreos; otros descendieron todavía más al convertirse en colaboracionistas.

Francisco Ayala ha sabido redimir este tema de su condición de cantero compuesto de frases hechas. ¿Quién negará que tiene resonancias de una época que ya nos parece remota? A la vuelta de tantas disecciones, la polémica sobre la *responsabilidad de los intelectuales* daba la impresión de haber muerto a causa de la propia autopsia. Casi había desaparecido como un campo baldío de disputa, bajo una vegetación de lugares comunes. En nuestro país, el debate resurgió hace tres años en las sesiones de SUR donde tuvo el realce del diálogo vivo y contó con prestigiosos interlocutores, entre otros, con la presencia de Denis de Rougemont que se hallaba de paso.

Ahora Ayala abarca el tema en conjunto y a fondo, con lo que le imprime una fuerte vibración de realidad. En su reciente libro *Razón del mundo* pone en pie ese problema. Lo aborda con el impulso —y la versación— de quien se dispone a rematarlo, previo inventario de la suma de cuestiones que lo condicionan. De tal modo, Ayala lo incorpora a las más apremiantes preocupaciones de hoy, enriquecido con nuevas y personales vistas. Puede decirse que agota su examen filosófico, psicológico y social. Persigue con derroche de sagacidad sus más escondidos entronques. Indaga las alternativas que viene sufriendo la valoración del intelectual, a través de una compleja red de articulaciones entre la vida y la cultura. Denuncia la subyacente posición idealista que dicta el encono de las masas al sentirse defraudadas. Muestra cómo a lo largo de las épocas, se engendra la casta de los profesionales de la inteligencia y cómo ésta forma su público y más tarde es deformada por sus gustos imperiosos.

Con ojo experto, Ayala distingue y une las relaciones dispersas, describe los hechos e interpreta el fenómeno de este extraño miembro de la colectividad, quien no sabe bien cuándo dirige y cuándo es dirigido aunque puede disimularlo desde que se reserva el monopolio de la razón. Y para que nada falte, ilustra la teoría del escritor, del erudito, del hombre de ciencia, ofreciendo el prontuario de cada rama de esa familia en contraste con el mercader, el guerrero, el magistrado, etc. Ayala nos introduce entre las bambalinas del acontecer histórico y social desde donde se asiste al mecanismo que determina tan pronto la sobreestima como el menoscabo del "clerc".

Formular cargos contra los sabios, poetas, escritores y artistas es un desplante cómodo, por lo mismo que ha encontrado en el ambiente una repercusión propicia. Por el contrario, Francisco Ayala ha preferido ir al núcleo de la cuestión, incluso a costa de arrostrar los riesgos que imponen los temas cuya bibliografía es incipiente. En su libro *Razón del mundo* no cae en los socorridos reproches contra los intelectuales, sino que trata de esclarecer la motivación de ese achaque de la cultura contemporánea. ¿A qué se debe que unos los culpen de no haber defendido el patrimonio espiritual de Occidente, a causa de un retraimiento egoísta, y que otros, en cambio, les echen en cara que intervengan demasiado en las luchas del siglo?

Ayala desentraña ese complejo psicológico y social mediante la técnica que hoy conduce a “desenmascarar” las ideologías. El autor con madura reflexión sobre el tema, descompone el pensamiento y el arte en los más insospechados supuestos, entre los cuales corren “camuflados” toda suerte de intereses prácticos y afectivos. Son justamente estos factores los que arrojan luz sobre el trasfondo de donde arranca la ofensiva contra los intelectuales. Éstos se encuentran bajo el fuego cruzado de las masas —anti-intelectualistas por definición— y de los grupos que, en su nombre, ambicionan el poder, aparte de que le disputan al “clerc” su antigua influencia social. Unas y otros pues, por diversos motivos, coinciden en el blanco común. ¿Quién es el culpable del desbarajuste que abruma a la civilización? El intelectual cuya suficiencia, por lo demás, ha suscitado tantos resentimientos. He ahí el enemigo: el hombre teórico, el ser incorregible que lo racionaliza todo, el aguafiestas que se opone al instinto de las masas y controla a los que quieren mandar discrecionalmente.

Ayala profundiza el análisis sociológico acerca de las fuentes del irracionalismo moderno, del cual los intelectuales fueron promotores y ahora son víctimas. Toca el punto neurálgico cuando estudia la crisis del individualismo que desde el Renacimiento respalda los fueros de este manipulador de valores lógicos, morales, religiosos, estéticos. Triple crisis de la que se responsabiliza al intelectual porque le alcanza además, por connivencia, la de otros dos reinados donde se ha puesto el sol: el racionalismo a secas —impotente para organizar el mundo— y la época liberal en su ciclo descendente, a cuyo amparo se encumbraron —y claudicaron— los intelectuales. Dentro de ese proceso, Ayala destaca, con nítidos contornos, cómo éstos perdieron gravitación en virtud de la lucha entre las

“élites” y la desconfianza progresiva de la opinión pública. Completa así el esquema que había adelantado en su libro anterior *El problema del liberalismo* (Fondo de Cultura Económica, México, 1941).

Quizás Francisco Ayala soslaya o atenúa la responsabilidad que ha contraído cierto sector de intelectuales. Acaso no los enjuicia con la energía a que se hicieron acreedores, frecuentemente, por su frivolidad, por su obsecuencia o por su exitismo. Desde luego, los arrumacos a la burguesía y a la moral capitalista los cobraron en exhibición, si bien ahora se ven comprometidos con ellas en el derrumbe.

De todos modos, Ayala muestra los hilos que mueven a determinados hombres de letras en el retablo social: fantoches que acaban sirviendo de cabeza de turco. Va implícito el juicio del autor puesto que su objeto, antes que nada, es trazar como sociólogo la fenomenología del hecho intelectual vista desde la situación histórica y concreta. Le corresponde pues al lector extraer las consecuencias que le acarrea al “clerc” la pérdida de tales prerrogativas.

Podría traducirse el pronunciamiento que Ayala deja sobreentendido en estos términos: El intelectual ya no vegetará parasitariamente adherido a clases sociales que están en irremisible quiebra. Abandonado a sí mismo, librado a los azares de un mundo donde se trastocarán las jerarquías y donde se requerirá su concurso, estará obligado a depurarse, y a acogerse a disciplinas más severas. Tanto el pensador como el artista comprenderán que su vocación insobornable no los lleva a condescender ni descender, sino a trascender. Retomarán así contacto con la savia de la vida y del pueblo que suben a la superficie de la historia. A ese fin tienden algunos de los más valiosos pasajes entre los muchos que contiene *Razón del mundo*. Aludimos a la certera caracterización que Ayala perfila del político y del intelectual. La peculiar configuración íntima de cada uno sobresale en dichas páginas con vivo relieve. Nunca más oportunos que ahora esos sutiles distinguos cuyo desconocimiento ha sacado de quicio a tantos escritores de buena voluntad.

Muchas sugerencias despierta esa fecunda discriminación de Ayala, sobre todo si se la aplica retrospectivamente. Por ejemplo, sería de sumo interés examinar mediante su tabla a los clásicos de la literatura argentina. En ellos suele con-

fluir, por obra de las circunstancias, el escritor y el político. Piénsese en el autor de *Facundo*, para citar un caso que está en la mente de todos.

Compendiar un proceso de tamañas proporciones, sería por sí sólo un mérito sobrado para señalar a los estudiosos la aparición de *Razón del mundo*. Pero su autor ha sido más exigente con la intención y más afortunado en el logro. Lejos de reeditar la controversia, tal como fué formulada, la estudia dentro del proceso de la crisis histórica y actualiza su planteo conforme a las condiciones presentes. Más aún: la vivifica al darle una incitante perspectiva de futuro. Francisco Ayala ha conocido los caminos del destierro, de modo que no podía enfrentarse con el destino del intelectual —que es también el suyo— como se discurre en una disertación académica y abstracta. De ahí que su ensayo ofrece el tono a ratos dramático, propio de un mundo como el nuestro donde la inteligencia ha sido bloqueada por instintos oscuros y por impulsos que aún aspiran a proscribirla por indeseable. Porque en la consabida requisitoria contra los intelectuales hay que discernir dos móviles: el que esgrime el oportunismo ideológico y político por una parte y, por la otra, la actitud que nace de la insatisfacción que siente el intelectual ante sí mismo. Este lúcido ensayo de Ayala reúne, pues, las dos caras de un testimonio: vibra al hilo de vehementes convicciones la sensibilidad de un hombre de este tiempo y a la vez constituye un cuadro objetivo donde el sociólogo de la cultura practica precisos métodos de interpretación. El autor de *Razón del mundo* escudriña el problema, en toda su riqueza de conexiones, histórica y sistemáticamente.

Claro es, hubiéramos querido saber en forma más concreta cómo el intelectual cooperará durante la post-guerra. ¿Orientará la opinión pública desde el libro, el diario y la revista? ¿Dilatará su influencia desde el laboratorio, desde el gabinete de investigaciones? ¿Empleará activa y personalmente la autoridad ganada ante la masa de lectores con sus obras o sólo dejará que éstas hablen por él? ¿Intervendrá directamente en los asuntos públicos, desempeñará tareas de lo que se llamó “comité de vigilancia”, prestará su asesoramiento en función de técnico de la cultura o actuará como agente invisible que forma la conciencia moral y espiritual de la comunidad? ¿Cuál será el margen de acción del científico y cuál el del artista? ¿No será indispensable y hasta urgente que aporte

su sentido crítico para contribuir a que se conjuren nuevas crisis? ¿Permanecerá indiferente cuando las fuerzas económicas, políticas y sociales que desencadenaron el desastre actual pretendan reagruparse después de la guerra, constituyéndose en sus beneficiarios?

Karl Mannheim, muchas de cuyas conclusiones comparte Ayala, habla del manejo de nuevas técnicas sociales e investiga la forma de influir sobre las masas. Se refiere a una sociedad donde la planificación que considera inevitable, no comprometa la libertad y la justicia, sino que por el contrario, sirva para afianzarla. Por ese camino, no es difícil darse una idea del predicamento que los intelectuales ejercerían sobre las "élites" de poder. Pero Ayala ahorra por menores no debido a la cautela impasible que MacLeish le reprocha al *scholar*, quien reduce el mundo a sus esquemas tan fríamente como el naturalista cataloga sus herbarios. Ayala se queda en las generalidades y se abstiene de vadearlas porque eso "no puede realizarse con sujeción a programas elaborados desde la actitud caduca".

Dentro del orden social que saldrá de la guerra, el intelectual promoverá la irrupción de nuevos valores de la cultura, sin poder desentenderse de su realización histórica. Precisamente el reajuste de su responsabilidad consistiría en admitir que ambos cometidos son indisolubles. No ha procedido siempre así desde que se declaraba enfáticamente custodio de la justicia, defensor de principios e ideales mientras que asentía en el hecho, con silencio cómplice, ante sus simulacros y sofisticaciones. Bien dice Ayala que los "bienes culturales no se encuentran suspendidos en el vacío intemporal, sino incorporados a la realidad viva, al mundo histórico, con sus condiciones sociales muy concretas..."

Merecería un comentario aparte el capítulo titulado: "Perspectiva hispánica". Limitémonos a subrayar su significación ahora que ese tema ha sido puesto sobre el tapete del juego político. Se habla de la hispanidad con argumentos equívocos y con razones de emergencia, pocas de las cuales encajan en el estricto dominio de la cultura. El autor de *Razón del mundo* dilucida el sentido de lo hispánico con una acuidad suficiente como para evitar que se filtren interpretaciones de contrabando. En efecto, lo ventila al trasluz del conflicto entre el espíritu y el poder.

Se ha asegurado que la responsabilidad de los intelectuales es una inquietud

típicamente francesa. Cuando Sorel despotricaba contra ellos, le daba a su irracionalismo precursor arraigo tradicional. Lo cierto es que el genio francés ha irradiado esa preocupación, dotado como está para otorgarle alcance cosmopolita a los impulsos de la espontaneidad creadora, aunque sean originarios de otras latitudes. Pero al trasponer los Pirineos el problema cambia de signo. Lo que interesa no es tanto el portador del pensamiento, como este mismo. Así Francisco Ayala contesta el mensaje preguntando a su vez cuál será el papel de la inteligencia hispánica dentro de la cultura ¿Perdurará en la periferia de Europa? ¿Cómo retoñará su voluntad universalista, el arrastre de su fertilísimo pasado y, sobre todo, su sino de embestir molinos de viento? Ahora hace falta que el interrogante asuma voz de coro y que lo hagan extensivo al rol de la inteligencia hispanoamericana. La próxima reorganización del mundo necesita ese fermento de quijotismo que tiene raíces genuinas y secularmente populares. Ayala desespera de que el pensamiento hispánico en Occidente siga teniendo una vida marginal. ¿Por qué no creer —y esto va por nuestra cuenta— que volverá a ser el centro cuando influya desde este lado del Atlántico? ¿Por qué no suponer que se restituirá su primacía, cuando la experiencia de América vitalice el humanismo español?

En resumen, ni acusaciones simplistas ni tampoco oficiosas aparcerías se despliegan en los capítulos de *Razón del mundo*. No hay nostalgias de las privanzas que disfrutaron los escritores y artistas durante el liberalismo. Reivindica, sí, todo el prestigio que éste le debe a la filosofía, a la literatura, a las artes, relevando a sus cultores de culpa por la gratuita expectativa que despertaron en torno suyo. Ayala problematiza la declinación del intelectual, remontándose hasta sus más lejanos puntos de arranque en busca de pistas inéditas. La amplitud y la profundidad del análisis hace que su sondeo se extienda: de la crisis de la cultura pasa a la crisis de la civilización. Tras la excavación teórica quedan al descubierto las galerías subterráneas y los intrincados conductos que comunican el pensamiento con la sociedad y a la inversa.

Ahora bien, Ayala proyecta esa interpretación al porvenir inmediato, aunque en tal sentido no apunta más que rumbos. Pero si la historia no se repite y son imprevisibles las nuevas estructuras, especialmente desde la realidad catastrófica de hoy ¿hasta dónde serán válidas las conjeturas que se fundan en

un ciclo que termina? Los vislumbres de Ayala nos mueven a aventurar algunas preguntas: El intelectual de post-guerra ¿se circunscribirá a recuperar los privilegios perdidos o buscará ponerse a tono con las necesidades de un mundo que ha de mantenerse en guardia permanente, a fin de evitar nuevas recaídas? ¿Los literatos aspirarán a que se los deje otra vez entregarse a su torre de marfil, a sus devaneos especulativos, a su ensimismamiento individualista, en suma, al culto de su egoísmo social para consumo de ínfimas minorías?

No creemos que esto se sigue de la misión que Francisco Ayala les asigna a los intelectuales: "Crear la conciencia de la etapa histórica que está a punto de cuajar, ordenar las jerarquías del espíritu en el andamiaje de la nueva sociedad, y orientarlas hacia valores culturales firmes". Nadie puede estar en desacuerdo con tan generosa esperanza. Sin duda, el intelectual debe servir los intereses del espíritu, pero el primer servicio será el de reestructurar, con arreglo a la experiencia, una diferente concepción del espíritu y del hombre. El intelectual tendrá que ser intérprete de todas las dimensiones humanas, ya que el hombre es funcionalmente indivisible: no sólo conoce, sino que siente y quiere; sufre por impulsos reales e ideales; niega ésta o aquella afirmación metafísica, pero no renuncia a su aspiración a un orden de verdades que están más allá de los sentidos y la ciencia. "Lo que los poetas habían concebido bajo forma de visión —advierde Dilthey— han tratado de expresarlo los filósofos construyendo sistemas". La intuición creadora y la crítica constructiva serán pues imprescindibles para descubrir las nuevas relaciones entre el espíritu y la vida, entre el individuo y la sociedad, entre la técnica y la ética, en fin, entre el pensamiento y la acción. El intelectual de la época capitalista, deshumanizada y falta de todo sentimiento de solidaridad social, fué a menudo el garante de una moral que se fundaba en el violento divorcio de dichos conceptos. De ahí el cargo que su conciencia de la responsabilidad se formula como quien vuelve el arma contra sí mismo. Por supuesto que una cosa es ese auto-examen lacerante y otra distinta es el empaque con que intentan condenarlo los demás sectores (políticos, hombres de negocios, funcionarios, etc.). Ninguno de estos últimos reviste autoridad de jueces, como muy bien lo puntualiza Ayala.

Ahora le toca al intelectual integrar aquellos principios —cuya disociación toleró— en una unidad viva y en un humanismo no de fórmula, sino operante. El espíritu objetivo le exige comprender al hombre total que va desde las nece-

sidades prácticas hasta los afanes superiores, hasta el desarrollo último de la persona. Entonces el trabajo será considerado como un medio de liberación de la naturaleza y no de la servidumbre que el hombre le impone a su prójimo. No será la cultura a quien tal cambio le reserva menos estímulos creadores. Por lo pronto, el mismo Ayala que es tan reacio a las anticipaciones, no puede dejar de pronunciarse: “De ahí el empeño que toda tiranía pone en justificar su violencia en razones de bien público: por más que su fuerza sea incoercible, buscará siempre el revestimiento moral de la legitimación; no bastándole la obediencia efectiva, deseará acatamiento y reconocimiento...”

Queda, pues, en claro la decisiva *razón del mundo* que hace del intelectual moderno un privilegiado, pero asimismo un peligroso depositario. Del hecho que sea insobornable o complaciente, depende que se rehabilite o no. Porque también se expone a no encontrar sitio en el futuro sistema de jerarquías, una vez que se desintegre el orden económico y social a cuya sombra alcanzó posiciones tan ostensibles.

Francisco Ayala muestra en *Razón del mundo*, con rara clarividencia, el plan de astucias y tentaciones que acechan al intelectual para que caiga en apostasía. Su exégesis honda, ordenada y excepcionalmente aguda, emplaza las bases para una conducta del intelectual. Es un llamado para que el propio desplazamiento no encone su soberbia herida, sino para que lo reintegre a la conciencia histórica.

LUIS EMILIO SOTO

C. G. JUNG: *¿Quién es Ulises?* (Santiago Rueda, editor; Buenos Aires, 1944). —

Dice Jung: “*Ulises* me aburre hasta arrancarme lágrimas”. Y se pregunta: “¿por qué, pues, escribo sobre él?” Acto seguido, lo engloba dentro del superrealismo, estilo que, según confiesa, sobrepasa su inteligencia. (Supongo que un psicólogo como Jung usará la palabra *inteligencia* en su acepción más restringida, en cuyo caso su afirmación deja de ser una *boutade*, pues el superrealismo no debe su ser ni se dirige a la inteligencia sino secundariamente.) Por lo tanto,

Jung no se propone hacer un estudio estético de *Ulises*. Nos repetimos, pues, su pregunta: ¿por qué escribe sobre él? Porque *Ulises*, en la época de su ensayo, ha alcanzado ya diez ediciones, y produce un efecto singular sobre sus contemporáneos, ya de simpatía, ya de antipatía igualmente apasionadas. Y estos hechos preocupan a Jung en cuanto psiquiatra. Se coloca, pues, en un plano de investigación de psicología colectiva, en un plano sociológico, histórico. Y la explicación que logra dar a esos hechos sorprendentes, es la que sigue: existen épocas en la historia de la civilización que él denomina de “incubación creadora”, y que sólo tienen sentido cuando se las considera teleológicamente, es decir, en atención a los fines que llevan ínsitos, al punto hacia donde se dirigen. Considera que son épocas de esta naturaleza la de Amenofis IV, la del cristianismo primitivo, la de los primeros prerrafaelistas, la del barroco decadente. Y también, y esto es lo que más nos interesa a nosotros, los que hoy *actuamos*, la época actual, de la cual señala, entre los precursores, a Nietzsche y Hölderlin. Cada una de estas épocas da margen, con el tiempo, a un magno desbordamiento de otra época creadora. Dice Jung, en consecuencia, que el arte moderno emparentado con *Ulises*, y *Ulises* como principalísimo paladín, tienen un sentido actualmente destructor pero teleológicamente creador: destrucción creadora, en suma.

Ahora bien, ¿qué es lo que *Ulises* procura destruir? Aquí se torna Jung algo confuso: emplea palabras que él no define, aunque demasiado definidas por los demás: provincialismo, localismo espiritual, medievalismo, catolicismo, prejuicios. Encuentra que la atmósfera medieval, católica, provinciana, del 16 de junio de 1904 en Dublín, Irlanda, se halla lo suficientemente universalizada como para que *Ulises* encuentre apropiado ámbito donde actuar en toda la superficie del globo. Jung pondría al *Ulises* este lema de Nietzsche: “subversión de esclavos en la moral”. El *Ulises*, además, lucha contra el sentimentalismo, que Jung considera una superestructura de la brutalidad. Obra por contraste, por lunar frialdad: “la ausencia de sentimiento del libro es el contragolpe de la sentimentalidad insana”. Y en cuanto a la subversión moral: “lo que redime a los oprimidos es la apreciación objetiva de su mundo y su manera de ser”. Aguda observación. Por eso es que Joyce “lo presenta todo frío y objetivo, desdivinizado en una medida que ni el propio Nietzsche jamás soñó”. Lo malo de *Ulises*, según Jung, es siempre mejor que el “localismo espiritual” de que quiere liberarnos; y lo bueno (lo tradicionalmente bueno, lo que nos han inculcado como bueno,

lo cristiano, según imagino) aparece en el libro, pero “como un tirano intolerante, como un ilusorio sistema de prejuicios, que del modo más inhumano cercena la posible riqueza de la vida real y ejerce sobre todos los que son sus prisioneros una opresión moral, insoportable a la larga”. Después de este análisis, y de estas explicaciones, deja Jung la puerta abierta a una interpretación radicalmente contraria, aunque concordante con su concepción teleológica de las épocas de incubación: “hay vida dentro de ella (la obra de Joyce), y la vida jamás es únicamente mala y destructora. Ciertamente que todo cuanto en primer lugar podemos comprender de esa obra es negativo y disolvente, pero se sospecha por debajo algo que escapa a nuestra percepción, un designio secreto que le presta sentido, y con ello, bondad”.

Dejo aquí esquematizada la teoría de Jung sobre el *Ulises* que, en verdad, es una teoría sobre el arte moderno y, más aún, sobre lo moderno. Y agrego que, para llegar a tan pedregoso paraje, recorre Jung encantadores senderos, en los cuales podemos apreciar sus sutiles dotes de observador y aun de poeta, pues es extraordinariamente reveladora la metáfora en la que compara a *Ulises* con un gusano; de psiquiatra —naturalmente— cuando demuestra que *Ulises* no es la obra de un esquizofrénico; y, por último, de lector humano, de hombre común y sentimental, cuando narra su denodada búsqueda del sentido, la dirección, la tonalidad perpetuamente fugitiva del libro de Joyce.

El ensayo comentado, por lo demás, estaba incluido ya, bajo el título seguramente auténtico de “*Ulises* (monólogo)” en la colección que, con el nombre de *Realidad del Alma*, en traducción de Felipe Jiménez de Asúa, publicó entre nosotros la editorial Losada en 1940.

Por su parte, las solapas del librito que glosamos nos informan que próximamente la editorial Santiago Rueda dará a luz la versión castellana íntegra de *Ulises*, lo cual nos hace pensar que esta publicación viene a manera de avanzada de aquella versión, a explorar el camino, y tantear por anticipado la reacción del público y los poderes públicos. Es por ello que, al ensayo de un psiquiatra sobre una obra de arte, que demuestra una vez más que la psicología está en la base de toda estética, se agregan y nos es dado apreciar elementos tan disímiles como la sentencia de un juez norteamericano que, dentro de un criterio y una mentalidad completamente normales (algo así como el *buen padre de familia* de nuestro Código Civil), emite juicios sorprendentemente penetrantes sobre Joyce y su obra;

y la propia carta de Joyce a su editor americano, descolorida y desilusionante para quien crea que Joyce sólo puede escribir y pensar a la manera de Ulises, —habla con emoción de su cuadragésimo cumpleaños— y sólo interesante en cuanto narra las peripecias sufridas por su libro al venir al mundo, peripecias que justifican la cautela con que el editor argentino prepara su aventura. Y de cuya carta extraigo una curiosa observación: las personas que ayudaron al nacimiento y difusión de la obra de Joyce, y particularmente de *Ulises*, son en su mayoría mujeres: Miss Harriet Weaver editó el *Portrait of the artist as a young man*; Miss Margaret Anderson y Miss Jane Heap publicaron *Ulises* en su revista, por episodios, hasta que les fué prohibido; y Miss Sylvia Beach, por último, se arriesgó a lanzar en Dijón la primera edición completa del libro. He aquí un hecho del cual feministas y antifeministas podrían encontrar abundante argumentación a favor de sus respectivas posiciones; Jung, por su parte, agregaría que este hecho prueba una vez más el poder de liberación de la esclavitud moral que atribuye al *Ulises*, pues ningún ser está más tradicionalmente atado a ella que la mujer.

CÉSAR FERNÁNDEZ MORENO

WERNER JAEGER: *Humanism and Theology*. (The Aquinas Lecture, Harvard, 1943). —

El Dr. Jaeger, autor de valiosas obras sobre la antigüedad clásica, relaciona en este librito las concepciones teológicas medievales con el humanismo. No nos figuremos que vamos a encontrarnos con un espíritu prevenido y dispuesto, a todo trance, a darnos una visión preestablecida por creencias o dogmas. Jaeger es un sabio, un investigador imparcial, a quien no pueden seducir los moldes fijos y comunes a que se atienen aquellos que temen la crítica serena. Acude a las fuentes, al conocimiento directo e inmediato; y no se aventura a precipitadas opiniones. Fundamenta, en interpretaciones de los textos y en el conocimiento de las doctrinas generales de una época o de un escritor, sus peculiares posiciones. Sus afirmaciones están cimentadas en la escrupulosidad y en el cuidadoso estudio con que la escuela histórica alemana revisa las bases del saber. Quienes conozcan

los extensos y valiosísimos estudios de Jaeger sobre Aristóteles, y la obra *Paideia*, sobre el sentido de la educación en Grecia, de la cual han aparecido dos volúmenes, no dejarán de reconocer los magníficos recursos y la científica autoridad de este sabio alemán, profesor ahora en Harvard y director, en la misma Universidad, del Instituto para Estudios Clásicos.

Humanism and Theology presenta, en apretada síntesis, las relaciones genéricas existentes entre las concepciones religiosas y dogmáticas de Santo Tomás y las doctrinas helénicas, especialmente Aristóteles. Viene a aclarar un mal entendido, muy frecuente en ciertos sectores, que se niegan a reconocer los valores que puedan esconderse en la filosofía tomista, incluso para nuestra época. Advertimos desde ya, para que resalte la imparcialidad de Jaeger, que su formación clásica no procede de escuelas católicas. Es un independiente, con la suficiente serenidad para destacar méritos doquiera que se hallen. A la palabra *Humanismo* se le ha querido dar un sentido cerradamente antropocéntrico, negándole toda conexión con regiones o mundos superiores. Y no es infrecuente el que se crea que tal concepción es propiamente la que conviene a la filosofía helénica. Este humanismo, refirmado por el positivismo, el materialismo y el pragmatismo, conspira en cierto modo con las hondas inquietudes espirituales que notamos en los escritos de los pensadores griegos, Platón y Aristóteles especialmente. Es una mutilación del ser humano que, a lo más, puede pretender relacionarse con Protágoras y algunos pocos sofistas.

Santo Tomás, que dió uniformidad a la teología en sus relaciones con la filosofía, precisaba proceder del hombre, de sus capacidades y conocimientos naturales, hacia la revelación y sus dogmas. No fué casualidad el que adoptara a Aristóteles como guía principal en sus doctrinas filosóficas previas, pues el Estagirita es el que mejor resume, luego de un ponderado análisis, las conquistas de la sabiduría antigua. Aristóteles ampliaba la base racional, conducía a una concepción del hombre que supera las limitaciones del positivismo representado por Protágoras. Su humanismo trasciende lo físico, y encuentra en la misma naturaleza humana razones para extenderse hacia lo eterno. Santo Tomás acepta esta concepción fundamental. El hombre es algo más que un ser viviente; dotado de entendimiento y voluntad es capaz de logros superiores. De acuerdo a la más vieja concepción helénica, expuesta por Homero, el mundo es a la vez antropocéntrico y teocéntrico. La teología no es concebida por Santo Tomás como una

especie de irracionalismo religioso. Nada más contrario a la mentalidad del Angélico que la frase "Credo quia absurdum". Admite que para ciertos dogmas no puede hallarse adecuada explicación en ellos mismos; sin embargo, su admisibilidad se basa en fundamentos externos que, a su parecer, eliminan toda duda. No es posible la oposición entre lo racionalmente verdadero y los dogmas de la religión; entre humanismo y teología. En lo fundamental se continuaba con la tradición aristotélica; el hombre queda dignificado, no se lo desplaza de su centro, se le abren únicamente nuevas fuentes de conocimiento. La palabra humanismo se amplía en contenido y en base de cultura mucho más extensa. Jaeger sólo intenta presentar a grandes rasgos esta trayectoria; en las doctrinas particulares, se podrían quizá formular serias objeciones al tomismo en su interpretación de Aristóteles. Pero no es éste el objeto del presente estudio, sino demostrar como cabe una elevada concepción humanista en el sistema del Angélico y que ella se origina en los griegos.

LUIS FARRÉ

JUAN CUATRECASAS: *Biología y democracia*. (Editorial Losada, Buenos Aires, 1943). —

Caracteriza a nuestra época la importancia dada a la palabra de los hombres de ciencia, en materias que por siglos fueron del casi exclusivo dominio de los pensadores. El hecho es lógico, dado que la sociedad humana, de un día a otro, se va estructurando en mayor grado con los elementos que aportan las técnicas científicas.

Los "ensayos humanistas" que componen este libro presentan una unidad perfecta. El prólogo del autor resume el pensamiento de la obra al referirse "a la crisis de la cultura, a la desorientación intelectual y afectiva que corroee incluso a los estratos eruditos y académicos, y que deforma peligrosamente la polimorfa realidad subjetiva de los seres humanos", como también al afirmar la "necesidad de volver a la sana aptitud mental del hombre que observa, examina, investiga, medita, vuelve a observar y no desea sino aprender las cosas tal como son o tal

como espontáneamente las ve, para juzgarlas de acuerdo al propio razonamiento y a sus íntimos sentimientos humanos”.

¿Puede admitirse que la biología, como tal, conduce a la humanidad hacia la democracia? El examen de este postulado impone una revisión de sistemas y teorías hasta ahora prevalentes respecto a lo específicamente humano. Toda ciencia, toda técnica tiende a liberar al hombre de alguna servidumbre. La ciencia biológica tiene por particular objeto conocer al ser humano bajo todos sus aspectos, y desentrañar las múltiples posibilidades que hay en él. Pero no podría llenar hoy su cometido sin tener en cuenta las repercusiones que la cultura, la organización social y hasta la divulgación de teorías políticas tienen sobre el hombre, considerado individualmente o en sociedad. La técnica de laboratorio debe inspirarse en la vida humana y tener proyecciones sobre ella, hasta en sus manifestaciones al parecer más apartadas de las preocupaciones del biólogo.

El estudio de los fenómenos inter-individuales puede descubrir caracteres similares en las sociedades animales y humanas. Pero el hombre crea el lenguaje, los mitos, la cultura, estratifica los diversos grados de civilización, y llega al concepto del “humanismo”, cumbre que lo diferencia esencialmente del animal. El pensamiento humanista es el que da valor a los aspectos más pronunciados de la persona humana, el que reconoce en el hombre ese “halo” psíquico, esa afinidad afectiva y espiritual que une a toda la humanidad. Pero el humanismo actual difiere del humanismo clásico en el sentido de que se informa particularmente en el conocimiento básico de la vida: es biológico. Vale decir que la biología, aplicada a la dilucidación de los problemas del hombre, su organización social, su cultura, la preservación de lo típicamente humano en el hombre, la visión del futuro, tiene un sentido hondamente democrático. Se desprende esta consecuencia con poder dialéctico indestructible.

La técnica, factor que debería humanizar constantemente el ambiente social, no tiene, según el señor Cuatrecasas, la consecuencia de crear al “hombre-masa”, sino al contrario. La teoría de la *masa* sirve los planes de los teorizadores sociales más retrógrados. Pero es contradicha por los hechos. El “alma de las multitudes” de Le Bon no es más que una expresión para expresar algunas de las manifestaciones de la psicología colectiva, sobre todo aquellas en que interviene el entusiasmo. Normalmente, “la mecanización de la actividad humana no conduce a la anulación de la personalidad, sino que la cultiva”. La máquina no deshuma-

niza al hombre; antes bien lo humaniza, liberándolo del trabajo esclavizante, permitiéndole dedicar más tiempo a las actividades útiles o recreativas específicamente humanas.

Se invierte así el problema del hombre-masa. No es la civilización técnica lo que amenaza crearlo, sino "la reacción mítica que pretende ocultar la verdadera grandeza polimorfa de la vida humana al hombre civilizado del siglo actual".

Biología y democracia es un libro "actual". No sólo lo informan los datos más recientes de la creencias biológicas, sino que se inspira en la inquietud que respecto al porvenir del hombre despiertan los sucesos mundiales. Pierden todo significado las expresiones de libertad, progreso moral, humanización máxima del hombre, estructuración social humana conforme a los anhelos más profundos de nuestra especie, frente a los credos que tienden a crear nuevos mitos, absorbentes y exclusivos.

Claro está que el hombre no podrá nunca ser totalmente deshumanizado. Y lo humano, indestructible en él, logrará siempre a tiempo contrarrestar los esfuerzos por volver a sumirlo en la animalidad.

ARTURO MONFORT

NOËL-PIERRE LENOIR: *Los problemas de la paz*. (Editorial Claridad, Buenos Aires, 1943). —

Es este libro, escrito en Buenos Aires, una exposición completa de los problemas que deberán afrontarse cuando termine la guerra. Su lectura es saludable, por cuanto intenta aclarar algunas incógnitas y prevenir contra explicables ilusiones. Después de esta guerra, excepcional por su magnitud como por los fines que persigue, la reconstrucción material y moral del mundo tropezará con obstáculos que es conveniente conocer.

Los hombres buscan afanosamente la felicidad, que no se encuentra más que cuando se ha dado tregua a las armas. Pero las naciones sostienen incesantes luchas a las que son impulsadas por factores que escapan a la voluntad individual de sus componentes. Hay, sin embargo, momentos en que parece que el curso de los acontecimientos debe cambiar totalmente, y tales fueron la guerra de

Treinta Años, que terminó con los tratados de Westfalia, la guerra de Sucesión de España, que remató en la paz de Utrecht, las guerras napoleónicas, que tuvieron por epílogo el Congreso de Viena, y la guerra mundial del 14, que dió al mundo una esperanza con el tratado de Versalles y la Sociedad de las Naciones.

Hubo ciertamente buena voluntad en los hombres que en pos de cada guerra buscaban la solución a sus males y el remedio contra su repetición. Pero las múltiples reconstrucciones de fronteras, las repetidas absorciones de Estados existentes y creaciones de Estados nuevos dejaron siempre bajo la ceniza de los tratados rescoldos que cualquier viento de pasión o de interés reavivaba para nuevos conflictos. El problema del momento actual consiste en que las lecciones del pasado sean aprovechadas para el futuro, instaurando al fin, si es factible, la era pacífica de las naciones.

Para fundar la paz duradera es preciso desechar, en primer término, la ilusión de que será posible imponer a las naciones culpables el castigo que merecen y el pago de los daños causados. Es necesario, sobre todo, renunciar a la ilusión de las reparaciones totales. Los resultados del tratado de Versalles demostraron que el peor de los sistemas para conseguir de un pueblo vencido el pago de reparaciones, es el que empieza por desquiciar su economía. Y al final de la actual contienda, a no ser que los vencedores se impongan la misión de esclavizar a Alemania y de proceder con ella como los nazis con Polonia, por tiempo indefinido, no debe esperarse que el mundo se rehaga por el aporte exclusivo del Reich y sus aliados.

Una paz basada en los viejos conceptos de soberanía de cada Estado conduciría a las mismas consecuencias que los ajustes hechos en Versalles, en Saint-Germain, en Neuilly y en Trianon. Por eso propicia el autor el reemplazo de la Sociedad de las Naciones por una Confederación de las Naciones. La solución ideal, según él, sería "que la conferencia de la paz reuniese a todos los Estados de la Tierra y que se transformara en Asamblea Constituyente de la Confederación de las Naciones, donde los delegados, uno tras otro, renunciaran espontáneamente a la soberanía de sus respectivos países, del mismo modo que la nobleza y el clero de Francia renunciaron a sus privilegios en la noche del 4 de agosto de 1789". Los Estados deberían reconocer "que la soberanía de la Confederación es superior a la suya propia, y que el derecho federal prevalece, en cualquier caso, sobre el derecho nacional". La idea es un tanto utópica. En todo caso

su realización dependería de cómo los vencedores en esta guerra encaren los múltiples problemas que les tocará resolver.

El porvenir encierra incógnitas. La importancia adquirida por la Unión Soviética despierta recelos. ¿Seguirá Stalin, después de la guerra, una política de conciliación con las grandes democracias? ¿O dará curso a la tendencia pan-eslava que animó a los zares, tratando de incluir en la U.R.S.S. a los pueblos racialmente afines de su frontera occidental? El equilibrio europeo depende de la suerte que corran Polonia, los países balcánicos y los que integraban la Pequeña Entente. Allí estará siempre el foco de nuevas guerras. “El verdadero peligro reside en que el imperialismo ruso renazca sobre las ruinas del imperialismo alemán, y que el nuevo zarismo, ostentando, no ya las dos águilas en la corona de Bizancio, sino el martillo y la hoz en sus armas, domine a Europa desde el Mar del Norte y el Mediterráneo, hasta el Rin, y quizá hasta el Atlántico”.

Por otra parte, aún descartando ese peligro, después de su victoria los aliados deberán afrontar el más grave de sus problemas: la reeducación del pueblo alemán. Puesto que no es posible pensar en suprimirlo, ese pueblo prolífico deberá ser tratado en una forma que lo adapte a la civilización. El enigma que ofrece este problema se acentúa con el de los “volksdeutschen” esparcidos por el mundo.

Los problemas de la paz no es un libro de concepciones abstractas. Su autor vive en la realidad. Pero lo alienta el idealismo que creó el concepto humanista y democrático de la libertad humana, y cree en la posibilidad de organizar el mundo en forma que dé a ésta existencia real. De no ser así, no se justificaría la apretada síntesis de teorías y de hechos metódicamente presentados.

A. M.

LIBROS RECIBIDOS EN EL MES

Amalia, por José Mármol. (Ediciones Estrada).

Anatole France, por Luis Reissig. (Editorial Losada).

Corazón de Árbol, por Aurora Venturini.

- Églogas y Fábulas Castellanas*, por Rafael Alberti. (Ediciones Pleamar).
El Arte Medieval, por Elie Faure. (Editorial Poseidon).
El Diario de Samuel Pepys. (Editorial Lautaro).
El Dolor de Vivir, por Felipe Fausto de Lara.
Éramos Seis, por María José Dupré. (Editorial Americalee).
Estados Unidos frente al mundo, por N. J. Spykman. (Fondo de Cultura Económica, México, D. F.)
Flor de Tradiciones, por Ricardo Palma. (Editorial Cultura, México, D. F.)
Horacio Ponce, por Juan H. Figueroa.
La Canción de Utracan, por Manuel Palacín.
Las artes industriales en Cuba, por Anita Arroyo. (Cultura S. A., La Habana).
Les Poèmes d'Edgar Poe, por Stéphane Mallarmé. (Viau S. R. L.)
Lituania entre Fuego Cruzado, por Casimiro Verax. (Editorial Alberto Moly).
Los Señores Goloviev, por Schedrin. (Emecé Editores).
María Curie, por Susana I. Tasca. (Editorial Verbo).
María de los Ángeles, por Virginia Carreño y Constanza Menezes. (Editorial Quillet).
Mis Universidades, por Máximo Gorki. (Editorial Lautaro).
Otra vez en el mar, por R. M. Zorrilla. (Peuser).
Páginas Críticas del Diario de un Escritor, por F. Dostoievsky. (Emecé Editores).
Papeles de Recienvenido, por Macedonio Fernández. (Editorial Losada).
Prosa Literaria, por Esteban Echeverría. (Ediciones Estrada).
Reflexiones sobre la Revolución de nuestro tiempo, por Harold J. Laski. (Editorial Abril).
Sermones Patrióticos, por Fray Mamerto Esquiú. (Ediciones Estrada).
Vidas Imaginarias, por Marcel Schwob. (Emecé Editores).

ÍNDICE

	Pág.
Pienso en Péguy, por <i>Gabriela Mistral</i>	7
23 de agosto de 1944, por <i>Victoria Ocampo</i>	13
Francia en la salvación, por <i>Ezequiel Martínez Estrada</i>	18
Anotación al 23 de agosto de 1944, por <i>Jorge Luis Borges</i>	24
Francia liberada, por <i>Eduardo González Lanuza</i>	27
<i>Cartas a Bernard Shaw</i> , por <i>T. E. Lawrence</i>	29
Tres capítulos de "Los siete pilares de la sabiduría", por <i>T. E. Lawrence</i>	35
Cartas de Miguel de Unamuno	55

NOTAS

LOS LIBROS: Francisco Ayala: "Razón del mundo", por <i>Luis Emilio Soto</i>	71
C. G. Jung: "¿Quién es Ulises?", por <i>César Fernández Moreno</i>	79
Werner Jaeger: "Humanism and Theology", por <i>Luis Farré</i>	82
Juan Cuatrecasas: "Biología y democracia", por <i>Arturo Monfort</i>	94
Noël-Pierre Lenoir: "Los problemas de la paz", por <i>A. M.</i>	86
LIBROS RECIBIDOS EN EL MES	88

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra y fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia.

*Los originales deben ser enviados a la Dirección: San Martín 689.
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 037921.
Título de marca N° 159.436.*

ESTE CIENTO VEINTE NÚMERO DE "SUR"
ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA DOS
DE OCTUBRE DE MIL NOVECIENTOS
CUARENTA Y CUATRO EN LA
I M P R E N T A L Ó P E Z,
PERÚ 666, BUENOS AIRES,
REP. ARGENTINA.